



**Joaquín Calvo-Sotelo**

**Milagro en la Plaza del Progreso**  
Comedia en tres actos, en prosa

PERSONAJES

EULALIA.  
MARÍA CARMEN.  
EMILIA.  
JULITA.  
ANDREA.  
ANTOÑITA.  
CLAUDIO.  
CARMELO.  
CRISÓSTOMO.  
EL SOCIO.  
PATRICIO.  
JUAN RUIZ.  
POLICÍA.  
JAIME.

Los papeles de Crisóstomo y del Socio pueden ser perfectamente doblados. Los términos derecha e izquierda, van referidos al espectador y no al actor.

Esta obra se representó por primera vez la noche del 13 de noviembre de 1953, en el teatro Infanta Isabel.

## Acto I

La escena representa la habitación en la que el matrimonio constituido por don CLAUDIO MARTÍN y EULALIA, su esposa, vive su honrada, tranquila y feliz vida. La habitación corresponde a una casa de las de renta antigua. La casa fue construida en cualquier lugar de la plaza del Progreso, hoy Tirso de Molina, hace muchos años, y es espaciosa y alta de techos. Frente por frente del espectador hay un balcón cerrado, cuando nuestra historia comienza, pero practicable para lo que luego se verá. A la izquierda, una puerta que da a la calle, y a la derecha, otra, que da a las habitaciones interiores. En el lienzo de la derecha hay una cómoda y sobre la cómoda, o en hornacina o sin ella, una imagen, que si bien en el diálogo se asegura que corresponde a San Cosme, no es absolutamente cierto que lo sea, aunque no cabe duda de qué San Cosme es, si no el protagonista, sí, por lo menos, uno de los más importantes personajes de Milagro en la Plaza del Progreso, hoy Tirso de Molina. Es de noche. La habitación no está amueblada con lujo, pero sí con una simpática sencillez no reñida con el buen gusto. Hay algunas sillas en torno de una mesa camilla situada a la izquierda. Los dos más calificados personajes, a saber: don CLAUDIO MARTÍN y EULALIA, su esposa, viven de lo que a don CLAUDIO le produce la Casa Viñas y Compañía, primera en aceites, según su dueño, don CARMELO VIÑAS, hará saber indelicadamente, en su momento oportuno, y en la que CLAUDIO está empleado desde hace más de treinta años. De su sueldo, no se precisa nada, pero puede suponerse que oscilará entre unas cosas y otras alrededor de las cinco mil pesetas mensuales, lo cual no es ni mucho ni poco. Al levantarse el telón, PATRICIO está en escena. PATRICIO, compañero de trabajo de CLAUDIO, si bien de menor jerarquía, es un hombre de edad semejante a la suya, alrededor de los cincuenta años. Viste con arreglo al estadio económico al que pertenece, a saber, el de los empleados de Casa Viñas, de la que volvemos a repetir que es, sin disputa, la primera en aceites. Un estadio ni muy brillante, ni precario en exceso. Al levantarse el telón, es de noche.

PATRICIO con aire de preocupación manifiesta, se pasea de arriba a abajo. De vez en cuando lanza una mirada a la lateral derecha.  
JULITA, chiquilla no muy agraciada que acaba de cumplir sus primeros dieciocho años, que hace un poco de sobrina «para todo», sale ahora por la lateral derecha.

PATRICIO.- ¿Qué? ¿Cómo sigue?

JULITA.- Lo mismo, don Patricio, lo mismo.

PATRICIO.- Vaya por Dios.

(JULITA desaparece por la lateral izquierda. PATRICIO la sigue.)

Pero crees que...

JULITA.- (Desde dentro.) Yo no creo nada.

PATRICIO.- Mala suerte.

JULITA.- (Sale con un bote.) Veremos si con estos polvos...

PATRICIO.- ¿Quién te los ha dado?

JULITA.- Don Florentino, el de la farmacia.

(Mutis de JULITA por la lateral derecha. Simultáneamente doña EMILIA aparece por la izquierda. Doña EMILIA es una señora de cualquier edad, vecina de don CLAUDIO. Viste un traje de casa.)

EMILIA.- ¿Qué hay? (Se refiere con la mirada a la derecha.) ¿Cómo sigue?

PATRICIO.- Nada, doña Emilia. Igual.

EMILIA.- Sin esperanza, ¿no?

PATRICIO.- Para mí, ninguna.

EMILIA.- ¿Y qué supone usted que es?

PATRICIO.- ¿Yo?... Ni la menor idea.

EMILIA.- ¿Don Florentino los ha visto?

PATRICIO.- Sí; subió con su hija, con Antoñita; pero se encogió de hombros. Habló de unos polvos... La manía de recetar... Porque estoy seguro de que no sirven de nada.

EMILIA.- Bueno... ¿Y don Claudio?

PATRICIO.- Ya debía estar aquí. Le espero desde hace dos horas.

Tenemos nuestra partidita a las seis... Y son cerca de las ocho...

Dicho sea de paso, me preocupa un poco que tarde tanto...

EMILIA.- Se habrá quedado en la oficina.

PATRICIO.- ¿Hoy?... Claro que Casa Viñas y Compañía es como un Ministerio, y aunque somos compañeros, allí apenas si nos vemos.

Pero, en mi negociado, las vísperas de Reyes son bastante desanimadillas. Andará con los líos de fin de año.

EMILIA.- ¿Y de esto nadie le ha dicho nada?

PATRICIO.- Nadie.

EMILIA.- Menudo disgusto le espera al pobre.

PATRICIO.- Imagínese. Les quería más que a las niñas de sus ojos.

EMILIA.- Es un disparate ser como don Claudio. Con esa sensibilidad no se va a ninguna parte.

PATRICIO.- Don Claudio es de Santoral, señora.  
EMILIA.- Dígamelo usted a mí, que cuando estuvimos enfermos mi marido y yo, más cataplasmas nos tiene puestas...  
PATRICIO.- Desde niño le conozco. Estudiamos juntos en San Isidro. Los dos caímos a la vez en manos de don Carmelo Viñas... Veinte años tenía Claudio. Casa Viñas y Compañía, ¿sabe usted dónde estaba entonces? En un piso bajo de la calle de la Magdalena, y con tres empleadillos y un chico de recados por todo personal... Que Dios se distrae a veces y hace medrar a una gentecilla que...  
EMILIA.- ¿Es mala persona el tal don Carmelo?  
PATRICIO.- Un hombre sin entrañas, que va a lo suyo, y caiga quien caiga, que no quiere a nadie ni le importa nadie... Sólo el dinero..., el dinero... Justito lo que Claudio, que ése se quita el pan de la boca para dárselo a quien se lo pida.  
EMILIA.- ¿Y qué hace su mujer?  
PATRICIO.- Al lado de los enfermitos desde que comenzó la cosa.  
EMILIA.- ¿A qué hora fue?  
PATRICIO.- Inmediatamente después de comer. Cuando se marchó don Claudio estaban los tres, contentos como unas Pascuas, cantando a todo cantar. Y a la media hora...  
EMILIA.- ¡Lo que es la vida, don Patricio!  
PATRICIO.- Sí, señora, sí; algo muy cruel. (Transición.) Mire, aquí tiene a doña Eulalia.

(Doña EULALIA, en efecto, aparece por la derecha. Es una mujer fresca y rebosante de salud, no muy distinguida, pero sí tierna y efusiva. Viste un traje casero. Se adivina en ella ese tipo de mujer hogareña, sin rival para el cuidado de los enfermos y la administración de la cocina. Se comprende que nunca leyó demasiados libros, pero que su cultura está por encima de esas pequeñeces: es una cultura intuitiva, heredada y sólida; se comprende que nunca lució pieles caras y que nunca pensó sino en su marido. Tan cordial aparece, tan sin afeites, en el orden físico y tan sin complejos en el psicológico que despierta, instantáneamente, una arrolladora simpatía. Ahora, trae un aire cariacontecido.)

EMILIA.- (Va hacia ella.) ¿Qué?  
EULALIA.- Acaba de morir el pobrecito.  
EMILIA.- No me diga...  
PATRICIO.- ¡Qué fatalidad!... Créame que lo siento. (Le estrecha la mano como en un pésame.)  
EULALIA.- Ya lo sé, Patricio.  
EMILIA.- Pero, ¿no se ha podido darle nada?  
EULALIA.- Nada... Si es como si le hubiese caído un rayo encima. Igual que a los otros dos.  
EMILIA.- ¿Qué se ha llevado con ellos?  
EULALIA.- Minutos.  
EMILIA.- Una intoxicación ha sido; no lo dude.  
EULALIA.- Claro, claro.

(Se sienta atribulada, JULITA sale tras ella. JULITA hipa un poco.)

PATRICIO.- Vamos, vamos, Julita, cálmate. Lo de Celemín -ése era su nombre, ¿verdad?- es una lástima, pero no para ponerse así.

JULITA.- Es por tío Claudio, que se va a llevar un disgusto tremendo cuando se entere. Haber dejado a los tres como los dejé y encontrárselos...

EMILIA.- ¡Pobre Julita! ¿Por qué no te vienes a casa? Matilde acaba de llegar hace un segundo. Anda, os hacéis compañía.

EULALIA.- Calle, calle, que ya tiene edad de ir conociendo la vida. Que se quede aquí a esperar a su tito.

EMILIA.- ¿Y Celemín? ¿Lo sacó de la jaula?

EULALIA.- No; se quedó con los otros dos. ¡Cómo cantaban, señor! Si era una gloria oírles. (Se dirige a la imagen de San Cosme que está sobre la cómoda.) Y tú, San Cosme de mis pecados, la verdad, ya podías haberme echado una mano, que llevas una temporada de vacaciones, y que proteger a unos pobres canarios no creo que sea cosa del otro mundo. Eres bastante desagradecido. (Le retira los dos búcaros de flores que le dan guardia a derecha e izquierda.) Toma, guárdalos dentro; hazme el favor.

(EMILIA hace mutis por la derecha y regresa casi instantáneamente.)

Las flores hay que ganárselas a pulso. ¿No te parece, Emilia?

EMILIA.- Mujer, yo no sé qué contrato es el que tenéis firmado San Cosme y tú...

EULALIA.- Contrato, contrato... Ojalá fuera eso posible.

(Suena el timbre de la puerta de la calle. JULITA inicia el mutis por la izquierda, ya menos compungida.)

EMILIA.- ¿Será don Claudio?

EULALIA.- No, no. Trae llave siempre. (Se asoma a la puerta de la izquierda.) ¿Quién es?

JULITA.- (Desde dentro.) Un calendario que mandan los padres Salesianos, que si nos quedamos con él.

EULALIA.- Para monsergas estamos... Diles que lo sentimos mucho, pero que... (Se interrumpe.) Ay, Jesús, bueno se pondría Claudio si lo supiera... Cómpraselo, niña.

JULITA.- (Desde dentro.) Dice que trae también un ejemplar de las «Florecitas espirituales».

EULALIA.- Caramba. (A EMILIA y PATRICIO) Eso es ya abusar. (En voz alta.) Conforme, págaselo...

JULITA.- Y unas estampitas de...

EULALIA.- (Rotunda.) ¡No! Aunque se enfade Claudio. (A sus amigos.) Si se hace uno de miel, se lo comen las moscas.

PATRICIO.- En eso se le va el dinero a Claudio. ¿Le ha visto usted

fumarse un puro alguna vez; beberse una copita? Si no ha probado el vino en su vida.

EMILIA.- No hay otro, amigo, no hay otro.

JULITA.- (Sale por la izquierda. Trae un calendario de los de pared.) Tome, tía.

EULALIA.- Déjasele en su cuarto.

(JULITA va a hacer mutis por la derecha, pero se detiene.)

¿Qué te pasa?

JULITA.- Es que...

EULALIA.- ¡Pobre niña! Le da miedo entrar, ¿no?

JULITA.- Es que Celemín...

EULALIA.- (A PATRICIO. Explicativa.) Nunca vio un muerto...

Trae, yo te acompañaré.

(Hace mutis por la derecha seguido de JULITA.)

PATRICIO.- Bueno... Y ahora, menudo trago nos espera. Hay que darle la noticia.

EMILIA.- Pues, hale. Patricio, ánimo...

PATRICIO.- (Va al teléfono sin entusiasmo alguno. Marca un número.) ¡Y en qué día!... ¡Víspera de Reyes...! Oiga, ¿es Casa Viñas? Mire, quería hablar con don Claudio Martín. (Sorprendido.) ¿Cómo? ¿Que no está? Pero, ¿es que se marchó ya? ¿Cómo, cómo? ¿Que no ha ido? Mire, haga el favor de ver usted mismo, porque es muy extraño. Tiene que haber alguna confusión... Dispénsame si insisto... Es que salió de su casa para ir a la oficina y a la fuerza ha de estar ahí... (Se supone que su interlocutor va, en efecto, a buscar a DON CLAUDIO.) ¿Sabe usted, Emilia, que la cosa me preocupa un poco?... ¿Dónde ha podido meterse, sino está en Casa Viñas?

EMILIA.- Qué sé yo.

PATRICIO.- Nos habíamos citado aquí. Yo suponía que se retrasaba por algún quehacer de última hora en la oficina. Y resulta que...

(Se interrumpe.) Dígame, dígame... ¿Que no está? Demonio... Ah;

¿don Teodoro? Bien, bien, que se ponga... (A EMILIA.) Es el apoderado... ¿Qué hay, don Teodoro? Feliz año. No... Es que..., verá usted... Yo suponía que don Claudio andaba por ahí, ¿comprende?...

Sí, sí... ¿Que hay que dar con él? Claro, claro... Pues... lo

intentaré. Sí, telefonearé cuando lo encuentre. Sí, sí... Ustedes no se muevan hasta entonces, ¿no? De acuerdo. Me pongo en campaña ahora mismo. Descuide usted, don Teodoro. Hasta muy pronto. (Y cuelga.)

EMILIA.- ¿Qué?

EULALIA.- (Sale en este instante por la derecha.) ¿Sucede algo?

PATRICIO.- Nada. Escucha, Eulalia, ¿tenía que hacer Claudio hoy por la tarde?

EULALIA.- No, que yo sepa. ¿Después de la oficina dices tú?

PATRICIO.- (Borrosamente.) Sí.

EULALIA.- Pues nada me dijo. ¿Qué es lo que pasa?

PATRICIO.- Que he llamado para darle la noticia de lo de los canarios, no fuese a enterarse de sopetón por algún imprudente y... no le he encontrado.

EULALIA.- Vendrá para aquí.

PATRICIO.- Eso pienso yo.

JULITA.- (Asoma por la puerta de la derecha.) La señora de Galindo, que se ha enterado de lo de Celemín, y que nos ofrece uno de los suyos, por si queremos evitarle el disgusto al tío.

EULALIA.- Mira qué simpática... Las buenas almas, que no faltan nunca... Calla, mujer; voy a darle las gracias... Lo de mi Claudio con Celemín era algo tan personal...

(Mutis por la derecha.)

PATRICIO.- (A EMILIA.) ¿Hay teléfono en su piso?

EMILIA.- No; pero en el de abajo sí.

PATRICIO.- Quiero preguntar por Claudio. Yo no me atrevo a usar éste, no se alarme Eulalia.

EMILIA.- (Cómplice.) Yo me quedo con ella.

PATRICIO.- Tampoco se me ocurre a dónde llamar.

EMILIA.- ¿Qué teme usted?

PATRICIO.- Si no fue a la oficina, ¿dónde demonios se ha metido desde que salió de casa?

EMILIA.- Yo me lo encontré cuando bajaba. Iba con esa cartera de piel que le han regalado, tan historiada, tan llena de correas y de candados...

PATRICIO.- Treinta años de servicios en la Casa Viñas le ha costado la tal carterita.

EMILIA.- ¡Ah! Y ya me acuerdo. Entró en la farmacia de don Florentino, que hoy es su santo precisamente.

PATRICIO.- A felicitarle, seguro.

EMILIA.- Ya tiene usted una pista, don Patricio.

PATRICIO.- Puede...

EMILIA.- Ande, pregunte, que ha conseguido intranquilizarme.

(PATRICIO hace mutis por la izquierda. EULALIA regresa por la derecha.)

EULALIA.- (Que advierte algo extraño en EMILIA.) ¿Por qué me mira usted así, Emilia?

EMILIA.- ¿Yo?...

(JULITA ha entrado detrás de EULALIA.)

EULALIA.- ¿Y Patricio?

EMILIA.- Bajó a dar un recado...

(Suena el teléfono, JULITA toma el auricular.)

JULITA.- Dígame... Sí, aquí vive. ¿Quién le llama? ¿De Casa Viñas?... Sí, ahora se pone... Don Teodoro, tita.

EULALIA.- ¿Don Teodoro?... ¿Y qué querrá? (Toma el aparato.) Don Teodoro, soy la mujer de Claudio. ¿Que es lo que sucede? Sí, sí... Pues... ya debía estar aquí... No sé... Ah, qué amable, qué amable... Agradézcale al señor Viñas su interés... Sí, sí, apenas llegue, les telefonaré. Muchas gracias. Adiós. (Cuelga.) Me gustaría que le hubiese oído Patricio. Tanto hablar de si el señor Viñas es un negrero... Pues, ahí tiene usted a su lugarteniente, preguntándome de su parte si ha llegado y diciéndome que le avise apenas llegue. (Transición.) Claro que, bien mirado, el tal Claudio ya debía estar aquí, que son las cinco y media... (Señala el pequeño reloj que hay sobre la cómoda. Simultáneamente, sin embargo, se da cuenta de que aquella hora no puede ser la verdadera, que el reloj se ha parado. Y le ayuda a comprenderlo así la mirada que instintivamente se cruza entre EMILIA y JULIA, y que no deja lugar a dudas.) ¡Ay! ¿Cómo las cinco y media? Si este reloj se ha parado... ¿Qué hora es? (Se dirige a EMILIA, que intenta ocultarle el de pulsera, y lo examina.) Las siete y media... Dios mío... A este hombre le ha sucedido algo. Pero, ¿en qué pensaba yo? Si es que, con lo de Celemín, he estado en la luna toda la tarde... Claro, ¿cómo iba a ser esa hora? Y entonces..., ¿qué hacemos, Emilia? ¿Y Patricio? ¿Dónde anda Patricio?

EMILIA.- (Algo inquieta.) Ahora subirá. Mire: don Claudio entró en la farmacia de don Florentino. Don Florentino sabe seguramente dónde fue después.

EULALIA.- Voy a preguntarle. (Desiste de telefonar.) Avísale, tú, Julita, que llegas antes...

JULITA.- Sí, tía.

(Y hace mutis por la izquierda.)

EMILIA.- Y cálmese, Eulalia.

EULALIA.- Espero a que suba Julita, y si no me trae noticias, me echo a buscarle.

EMILIA.- Bah, bah... Se ha retrasado; eso es todo.

EULALIA.- Mire usted, Emilia: Claudio, si se quitan los ocho años que me hizo esperar para casarnos, no me ha hecho esperar después ni cinco minutos en su vida. Comprenderá que son ciento veinte los que se retrasa, y que es natural que me preocupe.

EMILIA.- Habrá ido a hacer sus compras.

EULALIA.- En esta casa quien compra soy yo. ¿Ha visto usted lo de Celemín? No se olvide usted de lo que digo: las desgracias nunca vienen solas.

EMILIA.- Bueno, bueno.



(PATRICIO regresa por la izquierda.)

EULALIA.- ¿Qué?

EMILIA.- (A PATRICIO.) Ya le he dicho...

PATRICIO.- Nada...

EULALIA.- ¿Me oculta algo, Patricio?

PATRICIO.- Pero, por Dios, a quién se le ocurre... No sea novelera.

EULALIA.- (Se dirige a San Cosme.) ¿Qué, amiguito? ¿Represalias? No te creía de esa manera de ser, palabra.

(EMILIA hizo mutis al oír a EULALIA. Ahora regresa con los dos búcaros que se llevó antes. Sin decir nada, se detiene un instante, con ellos en las manos, en el umbral de la derecha. EULALIA le mira expresivamente.)

¿Qué quieres darme a entender? Que hay que transigir, ¿no?

EMILIA.- Mujer, la diferencia de fuerzas es tan grande...

EULALIA.- Trae, trae... (Recoge los dos búcaros y los coloca exactamente igual que como estaban al comienzo del acto. Reza entre tanto.) Si buscas milagros mira muerte y horror desterrados, heridos y enfermos sanos y todo lo que fue extraviado por tu amor recuperado... Si buscas milagros...

PATRICIO.- Óyeme, Eulalia, y perdóname si me meto en lo que no me importa. Mi madre rezaba también esa oración, pero sólo para encontrar el carrete o las tijeras o cosas así, pequeñas, no el marido. ¿No crees que tratándose de Claudio, que ya es una persona mayor, no surta efectos?

EULALIA.- ¿Bromeas o es que eres un descreído?

PATRICIO.- Ni lo uno ni lo otro, Eulalia. Es que le estamos echando un drama al retrasito que, francamente...

EULALIA.- ¿Nunca has oído hablar de alguien que haya salido de su casa como una rosa para volver entre cuatro?

PATRICIO.- A cualquiera se le puede caer una teja encima, eso, desde luego. Pero si le hubiera sucedido una desgracia, ya lo sabríamos.

EULALIA.- Hay que llamar a la Comisaría...

EMILIA.- Aguarde usted a que suba Julita.

PATRICIO.- ¿No habrá ido a ver a sus cuñados?

EULALIA.- ¡Si se marcharon al pueblo el miércoles!

PATRICIO.- O a esos parientes..., nunca recuerdo cómo se llaman... Que él es empleado del Gobierno Civil...

EULALIA.- ¿Alberto Montes? ¡Quita allá, hombre! ¡Si justamente estuvo ayer felicitándonos el año!... (Transición.) ¡Ay!, aquí llega Julita.

(JULITA aparece por la izquierda.)

¿Qué? ¿Hablaste a don Florentino?

JULITA.- Sí, tita.

EULALIA.- ¿Y qué? Hija, hay que sacarte las palabras del cuerpo.

¿Qué te ha dicho?

JULITA.- Pues que sí, que entró en la farmacia hoy como de costumbre y que estuvieron de charla un buen rato y que el tío Claudio se tomó unas copas.

EULALIA.- ¿Unas copas?

JULITA.- Usted no sabe qué animación había en la farmacia.

EULALIA.- Pero si mi Claudio no ha bebido en su vida...

PATRICIO.- Una golondrina no hace verano, Eulalia.

EULALIA.- ¿Y hasta qué hora estuvo?

JULITA.- Parece que un buen rato.

EULALIA.- ¿Y a dónde le dijo que se iba?

JULITA.- Eso no lo sé, pero aquí tiene usted a Antoñita, que se lo explicará.

(En efecto, ANTOÑITA, la hija de don FLORENTINO, entra por la izquierda. Es una señora de cierta edad. Se ve que se ha echado un abrigo de cualquier manera para cruzar la calle.)

EULALIA.- Díganos, Antoñita, que estamos con el alma en un hilo.

ANTOÑITA.- Pero, ¿a santo de qué esa alarma, Eulalia? Y perdone que no suba mi padre, que tiene la farmacia llena de amigotes.

EULALIA.- Que no sé dónde se ha metido mi Claudio, Antoñita. Que le esperaba a las cinco, y son casi las ocho y no sé nada de él.

ANTOÑITA.- ¿No le contó Julita?

EULALIA.- A medias palabras.

ANTOÑITA.- Don Claudio estuvo en la farmacia, sí, señora, y se tomó una probeta a la salud de don Florentino.

EULALIA.- ¿Una probeta?

ANTOÑITA.- Bromas de don Florentino, que se empeñó en servir el coñac en probetas, porque dijo que era lo clásico... en una farmacia.

EULALIA.- ¿Y mi Claudio bebió coñac? ¿Qué cara puso?

ANTOÑITA.- No se la miré, pero supongo que buena. El coñac no es para ponerla mala.

EULALIA.- ¿Y bebió mucho?

ANTOÑITA.- No, muy poco; diez gramos.

EULALIA.- Ay, así no lo entiendo. ¿Cuánto fue? ¿Media copa?

ANTOÑITA.- Sí, eso.

EULALIA.- ¿Y después?...

ANTOÑITA.- Otra media, doña Eulalia.

PATRICIO.- Veinte gramos por junto, vaya.

ANTOÑITA.- Claro, claro...

EULALIA.- ¿Y a dónde te dijo que iba? ¿Hablaron de eso?

ANTOÑITA.- A unos encargos, me parece haberle oído... (Se resuelve a ser sincera.) Las cosas como son. Su marido se metió en el café de enfrente.

EULALIA.- ¿A qué?

ANTOÑITA.- Miguelín, que fue allí a buscar provisiones, le vio tomándose...

PATRICIO.- ¿Otra probeta?

ANTOÑITA.- Justo.

EULALIA.- No irás a decirme que se ha emborrachado mi Claudio.

ANTOÑITA.- Por Dios, doña Eulalia, ¿quién piensa en eso? Pero, en fin, el coñac ha sido para él una revelación. Parece que era primerizo, ¿no?

EULALIA.- Que yo sepa, sólo se bebió una copa antes de casarse, para tomar fuerzas. ¡Ah!, y el día en que se operó de las amígdalas.

(Suena el timbre del teléfono. PATRICIO lo atiende.)

PATRICIO.- ¿Quién es?

(EULALIA se acerca a él, inquieta.)

Ah, don Teodoro. Soy Patricio González. Dígame. No, no, aún no llegó Claudio... (Sorprendido, como si no diera crédito a lo que oye.)

No, no... ¿Es posible? ¿Sí?...

EULALIA.- (Apremiante.) ¿Qué sucede?

PATRICIO.- Nada importante, Eulalia. (Al teléfono.) Encantados en recibirle... Qué amable; qué amable... Muchas gracias. Adiós.

EULALIA.- ¿Qué?

PATRICIO.- Que avisó a don Carmelo Viñas y que don Carmelo ha salido para aquí.

EULALIA.- ¿Y tú eres el que habla mal de don Carmelo, diciendo que si es un egoísta y un ser odioso? Mira, Patricio, pocos jefes andan por el mundo tan preocupados de su personal como él. Claro, que eso demuestra también que teme cualquier cosa. O sea que, por un lado, hay que agradecersele; pero, por el otro, echarse a temblar porque quiere decirse que me sobra razón hasta los pelos y que a mi Claudio le ha sucedido algo malo. (Lo repite con excitación creciente.)

Algo malo, algo malo.

(PATRICIO y ANTOÑITA se miran. JULITA hace un mutis por la derecha.)

ANTOÑITA.- Siéntese, señora, y no sea pesimista, que no hay razón.

(EULALIA, en efecto, se sienta; protegida por PATRICIO y por ANTOÑITA. Su crisis nerviosa se deshace en lágrimas. JULIA regresa con un vaso de agua que EULALIA apura a pequeños sorbos.)

Julita, acércate a la farmacia y que te den una botella de agua de azahar.

EULALIA.- Qué azahar ni qué niño muerto... Yo no necesito medicinas. Que mi Claudio aparezca por esa puerta y ya verá usted qué pronto me calmo.

ANTOÑITA.- Pues claro que aparecerá, doña Eulalia. ¿O es que cree que se lo ha tragado la tierra?

(Suena en la izquierda un timbre; movimiento de expectación.)

A lo mejor, es él.

(JULITA sale velozmente a ver quién llama.)

EULALIA.- Si tiene llave... (Pero se pone de pie a medias esperanzada, a medias inquieta.) ¿Quién es, Julia?

JULIA.- (Desde dentro.) Nada, un paquete, tía.

EULALIA.- Para paquetes andamos.

JULIA.- ¿Lo cojo?

EULALIA.- Cógelo de una vez... (Resuelta. A PATRICIO.) Ya no aguanto más, Patricio. Telefona a la Comisaría, cuenta lo que sucede y ¡ojalá podamos reírnos mañana de todo esto!

PATRICIO.- Bueno, para que te quedes tranquila, ¿dónde anda la guía?

EULALIA.- Ahí.

JULIA.- (Por la izquierda.) Tome, tía. Son unos libros de la Biblioteca Circulante que encargó el tío.

EULALIA.- ¡Pobre! Quién sabe si ya no los leerá... (Deshace el paquete.) Era un santo, Antoñita, un santo. Fíjese, «La cría del canario», ¡Pobre! Este ya, inútil. «Doloras de Campoamor». «Caridad, caridad y caridad», del padre Méndez. Dígame si son esas lecturas para un hombre de este mundo.

PATRICIO.- En eso sí que estás en lo cierto, Eulalia, Claudio es un alma de Dios.

JULITA.- Hay que firmar, tía. (Le enseña un pequeño papel a manera de recibo.)

EULALIA.- Firma tú, niña, que yo no estoy para protocolos. Y tú (A PATRICIO.) ¿encontraste el número o qué te pasa?

(JULITA firma por su cuenta.)

PATRICIO.- Aguarda, Eulalia. Ajajá. Comisaría de Vigilancia. Distrito de...

(Don CARMELO VIÑAS surge por la izquierda. Es un hombre alto y bien portado. Luce un abrigo con cuello de piel. Trae bastón y bombín. Es el vivo retrato de esos burgueses que en los carteles de propaganda comunista aspiran a despertar el odio proletario.)

CARMELO.- Buenas noches.  
PATRICIO.- (Atónito.) Don Carmelo...  
CARMELO.- ¡Ah! Usted trabaja en la empresa, ¿verdad?  
PATRICIO.- Sí, don Carmelo. En la sección de Levante.  
CARMELO.- Muy bien. (A EULALIA.) ¿Es usted familia del señor Martín?  
EULALIA.- Soy su señora.  
CARMELO.- Celebro saludarla.  
EULALIA.- El gusto es el mío, caballero.  
CARMELO.- Don Teodoro me ha dicho, por teléfono que...  
EULALIA.- Ya se puede imaginar cómo le agradezco el interés que se toma por mi marido. (Se compunge de nuevo y derrama unas lágrimas.)  
JULITA.- Vamos, vamos, tita...  
CARMELO.- (A PATRICIO. En voz baja.) ¿No se sabe nada?  
PATRICIO.- Nada.  
EULALIA.- No lo olvidaré nunca, se lo juro. Él siempre está hablando de usted.  
PATRICIO.- Todos hablamos siempre de usted.  
EULALIA.- Le quiere a usted mucho.  
CARMELO.- Gracias, gracias. Esos sentimientos son siempre recíprocos. Díganme: este teléfono, ¿es el 24 89 90?  
PATRICIO.- El mismo.  
CARMELO.- ¿No han preguntado por mí del Banco?  
PATRICIO.- No, hasta este momento, no.  
CARMELO.- Bueno, esperaré, no creo que tarden. Y cuénteme lo que pasa con el amigo Martín.  
PATRICIO.- Siéntese, don Carmelo.

(Se sienta, en efecto, en torno a la mesa camilla.)

EULALIA.- Verá usted. Mi marido almorzó hoy con Julita y conmigo, como siempre, que desde que nos casamos, va ya para veinte años, no sé lo que es que me haya faltado un día.  
CARMELO.- ¿A qué hora?  
EULALIA.- Un poco antes de lo acostumbrado, porque él llega, por lo general, a las dos y cuarto, y a veces a las dos y media, tanto que hoy me llamó la atención y se lo dije: Qué pronto vienes, hombre... Es que me trajo un taxi me contestó él. Algo me extrañó, ya que no es amigo de taxis y el Metro de Progreso, que es el que suele tomar, lo tiene enfrente. Pero, en fin, no le di importancia...  
CARMELO.- ¿Traía algo?  
EULALIA.- Traía esa cartera grande con su nombre y sus señas que le regalaron ustedes el día en que cumplió treinta años de estar en la Compañía, que por cierto, muchas gracias, no sé por qué se han molestado...  
CARMELO.- Ajá, ¿y qué hizo?  
EULALIA.- La puso en su cuarto, sobre la mesita de noche. Y allí la tuvo hasta que se fue.

CARMELO.- ¿Con ella?

JULITA.- (Sigue sin entender nada.) Sí, señor...

EULALIA.- Tú te callas, niña. Claro, sí, con la cartera.

CARMELO.- Serían...

EULALIA.- Pues...

ANTOÑITA.- Las cuatro en punto. Esa ya lo sé yo. Porque a esa hora, justo, entraba en mi farmacia.

CARMELO.- (Con visible preocupación.) ¿Es que se había puesto enfermo?

ANTOÑITA.- (Se ríe.) No... Qué va...

EULALIA.- (Conmovida.) Si viera cómo me emociona su interés por mi marido... Nunca lo olvidaré, se lo juro... (Entre dientes.)

Pensar que hay quienes...

(Mira, colérica a PATRICIO, que le hace señas para que no le ponga en un compromiso.)

CARMELO.- ¿Y cuando entró en la farmacia, llevaba la cartera?

ANTOÑITA.- ¿Cuál?

CARMELO.- Esa grande, con su nombre, de que hablaba su señora.

ANTOÑITA.- Ah, sí, sí... De piel de cerdo, con unas correas.

CARMELO.- Justo, justo. ¿Y qué hizo?

ANTOÑITA.- Estábamos de broma, porque celebrábamos una pequeña fiesta. Y charlamos un rato...

CARMELO.- Eso me importa un rábano, digo que qué hizo con la cartera.

ANTOÑITA.- Nada... Tenerla debajo del brazo. Sólo se separó de ella para beber un trago a nuestra salud.

CARMELO.- (Sombrío.) ¿Bebió?

EULALIA.- (A don CARMELO.) Mal hecho, sí señor. Yo le doy la razón, ¿por qué había de beber si no ha bebido en su vida?

ANTOÑITA.- Hijita mía, que una copa de coñac no mata a nadie.

EULALIA.- Fueron dos. ¿No dijo usted que se metió en el café de enfrente?

ANTOÑITA.- Bah... Otra se bebería, como máximo...

CARMELO.- ¿Y cuando salió del café, llevaba la cartera?

ANTOÑITA.- (Tras un segundo de vacilación.) Sí..., sí la llevaba...

EULALIA.- Oiga usted. ¿Qué pasa con la cartera? ¿Es que tenía papeles de importancia?

CARMELO.- (Sarcástico.) ¿De importancia?...

(Suenan el teléfono, PATRICIO descuelga el auricular. CARMELO y EULALIA se estremecen, cada uno por diferentes razones.)

PATRICIO.- ¿Dígame? Sí; éste es el 24 89 90. Sí, sí. ¡Ah! ¿Don Carmelo Viñas? Espere un momento. Don Carmelo.

(Don CARMELO se ha puesto de pie, sin esperara que PATRICIO le reclame, y coge el auricular.)

CARMELO.- (Nervioso.) Soy el señor Viñas. ¿Quién es? Sí, sí. Ya sé, del Banco. Que se ponga el Director adjunto. Hale, hale...

(Transición.) ¿Qué hay, don Ernesto? Ya, ya... (Abrumado.) No se ha hecho el ingreso... O sea que... ni en mi cuenta corriente... ni en la de la Compañía... nada... Bien, bien, mejor dicho, mal... Muy mal... No, ya le explicaré mañana. Muchas gracias. Hasta siempre, don Ernesto. Adiós. (Cuelga.)

EULALIA.- ¿Qué es lo que pasa?

CARMELO.- Mire usted, señora. El asunto se pone feo. Su marido salió hoy de la oficina con un millón de pesetas en billetes para ingresarlo en el Banco. Iba con el portero de la fábrica, que le acompaña siempre en estos trances, por si acaso. No sé qué demonios le sucedió al coche de la fábrica que se estropeó, llegaron tarde y no pudieron hacer el ingreso. Entonces, yo arreglé las cosas para que se lo admitieran a las cuatro y media. Son cerca de las ocho, el Banco, naturalmente, está sin un alma desde las cinco, y ni del dinero ni de su marido, por orden de importancia, se sabe una palabra. Conque... usted me dirá...

EULALIA.- ¡Ay, Dios mío! (A PATRICIO.) ¿Ves cómo he acertado, por desgracia? Si me lo daba el corazón... Si los presentimientos, está visto, no me fallan. Y yo andaba a vueltas con el retraso de mi Claudio... Claro, claro: ¡Le han matado, señor; le han matado!

PATRICIO.- Quieres decir, que para robarle...

EULALIA.- Y si no, ¿para qué? ¡Si es un bendito!...

CARMELO.- Bueno, señora, puntualizaremos.

(EULALIA llora desconsolada.)

Yo tengo motivos para ser pesimista, pero usted no. Que su marido aparezca, entra en lo posible, pero que mi dinero se lo ha llevado la trampa; eso es tan seguro como que ahora es de noche.

EULALIA.- ¡Pobre, mi Claudio, ángel mío!

JULITA.- ¡Pobre tito!

ANTOÑITA.- Demontre, demontre...

CARMELO.- Dejémonos de lamentaciones y actuemos. Señora, ¿su marido no tiene alguna coíma, alguna suripanta...?

EULALIA.- (A PATRICIO, con inocencia.) ¿Qué es eso?

CARMELO.- Creo haberme explicado con claridad. Algún lío de faldas...

EULALIA.- (Indignada.) Vamos...

PATRICIO.- Mire usted, don Carmelo. Claudio es como un hermano mío y yo le respondo que ni por lo más remoto...

CARMELO.- En estas cosas, no hay hermanos que valgan. ¿Qué edad tiene don Claudio?

EULALIA.- Cincuenta cumplirá para la Candelaria.

CARMELO.- Es la edad, es la edad.

EULALIA.- ¿De qué?

CARMELO.- De las despedidas, señora. Cuando todavía creemos que el otoño tiene encantos y es capaz de hacer milagros.

EULALIA.- Oiga usted, señor mío. Debo decirle que mi Claudio es el mejor marido del mundo e incapaz de engañarme.

CARMELO.- Sí, sí... Ya he conocido yo más de un caso en el que todos estaban muy confiaditos: la mujer, los suegros, los hijos... Y de pronto, los tórtolos levantaron el vuelo y amanecieron en Río de Janeiro... (Se dirige a PATRICIO.) ¿Cuál es su nombre?

PATRICIO.- Patricio González.

CARMELO.- Señor González, póngase usted inmediatamente en comunicación con la Comisaría.

PATRICIO.- Yo creo, señor Viñas, que más propio sería con la Casa de Socorro.

CARMELO.- Obedézcame usted y cálese.

PATRICIO.- Es que yo me temo que le haya dado algún pronto y ande por ahí...

CARMELO.- ¡Llame en el acto o considérese usted despedido!

ANTOÑITA.- No hay que excitarse, señor.

CARMELO.- Mire, niña: cuando uno tiene un millón de pesetas en el aire; lo natural es estar excitadísimo. O sea, que déjeme en paz y no me fastidie.

PATRICIO.- (Que ha buscado el número de la Comisaría en la Guía y lo ha marcado, sin entusiasmo, pero con disciplina. A don CARMELO.) La Comisaría al habla.

CARMELO.- Déme. ¿La Comisaría? Aquí Carmelo Viñas. Escuche usted: el cajero de la Casa Viñas y Compañía, don Claudio Martín, ha desaparecido con un millón de pesetas... Desearía que avisaran ustedes a Barajas y a Irún; vaya... a las fronteras en general, por si...

(En este momento se oye a bastante distancia una voz de hombre que canta el «Golondrón» de «Maruxa». La voz se va acercando poco a poco. Ninguno le presta atención. Solamente JULITA, que sale por la izquierda extrañada.)

CARMELO.- Sí, sí. Le ruego que cursen las órdenes necesarias. ¡Ah! Hay que presentar la denuncia en regla y... Conforme. Voy en seguida. Buenas noches. (Cuelga.)

EULALIA.- Yo me marcho a la calle, hasta dar con él. ¿Julita! ¿Dónde estará esa tonta? (A PATRICIO.) Si me hubiera ido cuando quise...

PATRICIO.- Yo te acompaño hasta el fin del mundo.

(EULALIA hace mutis por la derecha. PATRICIO por la izquierda.)

CARMELO.- (Se pasea, preocupado.) Para golondrones estamos...

ANTOÑITA.- Sí, es cierto.



(PATRICIO regresa con su abrigo a medio poner y su sombrero.)

PATRICIO.- Yo, sin embargo, creo que conviene llamar antes a la Casa de Socorro.

ANTOÑITA.- De la Casa de Socorro yo me encargo.

EULALIA.- (Regresa con su abrigo y su bolso.) Hale, lista.

(El «Golondrón», sigue oyéndose más próximo ya. Lo canta, sin duda, alguien que sube las escaleras.)

PATRICIO.- Cuando gustes, Eulalia.

EULALIA.- ¡Ayyy! (Es un grito que le hace llevarse las manos a la garganta.)

JULITA.- (Desde dentro.) ¡Tía!

(EULALIA sale fulminantemente por la izquierda, seguida de PATRICIO.)

CARMELO.- ¿Qué pasa?

EMILIA.- Yo creo haber oído ese Golondrón.

CARMELO.- Seguramente en «Maruxa».

EMILIA.- No, no...

(Mutis por la izquierda. Se oyen voces dentro.)

EULALIA.- ¡Maridito mío! ¡Claudio de mi alma! San Cosme. ¡Esto es San Cosme!

JULITA.- Tito, tito, tito...

(La voz que canta el «Golondrón», -si no supiese el «Golondrón» podrá servir a estos efectos la «Donna e mobile»- no se afecta por esas exclamaciones y continúa impávida. Al fin, don CLAUDIO MARTÍN, cuya es la voz, se presenta en escena. Logra desasirse del cerco de su mujer y su sobrina, al que coadyuva más discretamente EMILIA, y se arranca, como un divo de zarzuela con el calderón final hasta el centro del escenario. Ahora se le puede ver a gusto. Es un hombre de unos cincuenta años en el que no se da ninguna característica física especial que importe reseñar al describirlo. Resplandece de euforia, eso sí. Una euforia cuya razón de ser nadie deberá atribuir a motivos alcohólicos, sino a otros espirituales, de más elevada índole. CLAUDIO MARTÍN, hablando claro refleja la alegría del que acaba de hacer lo que él entiende que es una buena acción. Lleva un abrigo, como corresponde al rigor de la víspera de Reyes. Apenas ha concluido el aria de su presentación, don CARMELO se le echa encima.)

CARMELO.- Señor don Claudio Martín, ¿ha terminado su romanza?  
CLAUDIO.- Puedo bisarla, si se me pide.  
CARMELO.- (Mordiéndola las palabras.) Antes de que nos obsequie con la repetición, ¿quiere usted decirme dónde está la cartera?  
CLAUDIO.- (Enigmático.) Ah, la cartera.  
CARMELO.- (Apocalíptico.) Sí, la cartera.  
CLAUDIO.- (Se la busca con un aire de burlón nerviosismo del que, al principio, no se da cuenta don CARMELO.) ¡Habrá que encontrarla! (Se vuelve el fondo de los bolsillos del abrigo.) Aquí no está. (Se despoja del abrigo. Se busca en el interior de la americana.) Ni aquí. (Misterioso.) Tal vez aquí. (Se busca en las vueltas del pantalón. Defraudado.) Pues no... ¿Y entonces?... ¿De qué era la cartera? ¿De piel de cabra? (Imita el balido de la cabra.) Beee... Ah... Resulta que no. ¿De piel de cerdo? (Imita el gruñido del cerdo.) Tampoco. ¿Sería de gato?... (Maúlla sin éxito.) No, señor. Nada en el dorso, nada en la mano. (Muestra el dorso y la palma como un prestidigitador profesional.) La cartera ha desaparecido.  
CARMELO.- ¿Qué quiere usted decir con eso?  
CLAUDIO.- Que no está; sencillamente: que no está.  
CARMELO.- ¿Y el millón de pesetas?  
CLAUDIO.- ¿Dónde lo llevaba? ¿En la cartera? Abrámosla. (Simula abrir una cartera imaginaria.) Falta un millón de pesetas.  
EULALIA.- (En voz baja.) Cielo, no bromees, que el horno no está para bollos. Da el dinero.  
CLAUDIO.- (Enigmático.) Ya lo he dado.  
CARMELO.- Bueno, amigo Martín. Yo no quiero llevar las cosas por la tremenda, pero creo que para tomadura de pelo ya es bastante.  
PATRICIO.- Anda, hombre; di qué te ha pasado.  
CARMELO.- O me entrega usted el millón de pesetas o acaba usted con sus huesos en la cárcel.  
EULALIA.- (Violenta.) ¡Claudio! ¡Habla, que me matas!  
PATRICIO.- Tu mujer tiene razón, Claudio; que estamos todos con el alma en un hilo. ¿Qué has hecho del dinero? ¿Un mal momento?  
CLAUDIO.- No; el mejor de mi vida. (A FLORENTINO.) A vosotros os lo debo, Antoñita.  
ANTOÑITA.- ¡Caramba! Ya me lo explicará.  
CLAUDIO.- (Evoca un brindis.) Don Florentino, que cumpla usted muchos años. (Simula beber una copa y chasca la lengua, con una expresión de complacencia.) ¡Qué buena cosa es beber, demonio! ¡Qué buena cosa!  
CARMELO.- ¿Está usted borracho?  
CLAUDIO.- ¿Cómo se atreve usted a hablarme así? Estoy completamente en mi juicio... ¿Lo duda? Puedo demostrárselo. Pida por esa boca. Pruebas de equilibrio físico. (Da unos saltos a la pata coja, ante el asombro y la extrañeza de todos.) Pruebas de equilibrio mental. Del coro al caño, del caño al coro, del coro al caño, del caño al coro. Un tigre, dos tigres, tres tigres. ¿Borracho yo? No; en mis cabales; pero sin blanca.

CARMELO.- ¡Diga de una vez lo que ha hecho!

CLAUDIO.- De repente, se me abrió aquí dentro (Palmorea en la frente.) una luz. Y vi un ángel. Yo llevaba en mis manos un millón de pesetas. Esto es, la felicidad. Y de mí dependía que esa felicidad llegara a mis semejantes. ¡Anda, atrévete, hazles felices!, empezó a decirme el ángel con una voz al principio muy tenue, tan tenue que casi no se oía, pero que cada vez se hacía más fuerte. Decídete, no seas cobarde... Entré en el café que hay junto a la farmacia, y allí bebí otra copita por si se trataba de una alucinación. Sí, sí... Alucinación. Ahora ya me parecía como si al ángel le oyeran todos los del café, porque hablaba con una voz; don Carmelo, tremenda de grande, que ordenaba, y a la que era imposible resistirse. (Transición.) En el café abrí la cartera, y al acto conté los billetes... ¿Se recuerda usted? Eran todos de a mil. Y en fajos de cien, sujetos con unas gomitas, como si ya estuvieran preparados para...

CARMELO.- ¿Para qué, miserable?

ANTOÑITA.- Calma, caballero.

CLAUDIO.- Para lo que el ángel me decía: «Repártelos. Haz felices a diez personas». Mejor dicho: a nueve.

ANTOÑITA.- ¿A nueve? No me salen las cuentas.

CLAUDIO.- A diez, menos don Carmelo, porque a ése ya sabía yo que le hacía desgraciado. (Se ríe, muy complacido de su ingenio.) Si el día no hubiese sido tan corto, a lo mejor el ángel no se hubiera salido con la suya; pero ya se veía muy poco y eso me animaba.

EULALIA.- ¿A qué, Claudio, que me traes por la calle de la

Amargura?

CLAUDIO.- (Trascendental.) A obedecerle. Además, encontré cada tipo que ni a la medida. El ángel les calaba en seguida: «Hale, al de la gorrilla. Hale, a ese del abrigo raído... Hale, al otro, que tiene cara de hambre...» Don Carmelo, estoy seguro de que el reparto ha sido una maravilla. Después volví al café. (Malicioso, le guiña el ojo a don FLORENTINO.) A beber, por si el ángel tenía otras cosas que decirme. Es gracioso... Y ahora no hacía más que repetirme: «Canta el "Golondrón", tonto...» Claro, en el café no me iba a poner yo... Buena se hubiera armado... Yo lo silbé, así con mucha prudencia..., por cumplir. (Silba, en efecto, el «Golondrón», como si disimulara.) Y cuando salí, ¡ah!, entonces me desquité. Golondrón para arriba, Golondrón para abajo...

CARMELO.- Señor Martín. Yo no sé si usted es un loco, un sinvergüenza, un imbécil o las tres cosas en una. En todo caso, usted acaba de robar a la firma Carmelo Viñas y Compañía un millón de pesetas, de las que responderá en el juzgado de guardia.

CLAUDIO.- Estoy dispuesto. La conciencia no me remuerde de nada. Yo obedecí al ángel.

EULALIA.- ¿Y el ángel no te dijo nada de tu mujer, maldito?

CLAUDIO.- Ya hablaremos, Eulalia.

CARMELO.- Escuche usted, Martín, y sea sensato. Hay una fórmula. Dice usted que ha repartido el dinero. Bien. ¿Puede saberse entre quiénes?

CLAUDIO.- Imposible.  
CARMELO.- Supongo que les conocería, naturalmente.  
CLAUDIO.- Se equivoca usted. No conocía a ninguno.  
CARMELO.- ¿Piensa usted que me lo voy a creer? Usted habrá repartido el dinero entre sus amigos o entre sus amigas.  
CLAUDIO.- Que no; don Carmelo, que no..., que no conocía a ninguno. A los que me decía el ángel.  
CARMELO.- Entonces, ¿ha habido diez sujetos que se han encontrado de pronto con cien mil pesetas en la mano por las buenas, no?  
EULALIA.- ¿A quién le habrá tocado la lotería?  
CLAUDIO.- ¿Se imagina usted qué maravilla? Si se me saltan las lágrimas de pensarlo... Y todo sin hacer daño a nadie, porque usted, don Carmelo, igual vive con doscientos cinco, que eran los que tenía, que con doscientos cuatro, que son los que tiene.  
CARMELO.- Se arrepentirá toda la vida de su acción. (Despectivo.) Loco del demonio. (Ordenancista.) Señor González.  
PATRICIO.- Mándeme.  
CARMELO.- Vamos a ver si es posible remediar en parte al menos lo sucedido. Hay que dar cuenta de esto en los periódicos de mañana... Ah, claro, y en la radio. Hay que radiar una nota que diga algo parecido a esto: «Un individuo...»  
CLAUDIO.- No, no; don Claudio Martín. Con mi nombre.  
CARMELO.- Bien, dele gusto al insensato, «Don Claudio Martín, domiciliado en la Plaza del Progreso, número 24, en un momento de perturbación mental...»  
CLAUDIO.- No, no... ¡En sus cabales, en sus cabales!  
PATRICIO.- Contento, rico; te lo pido...  
CARMELO.- «...distribuyó en lotes de cien mil pesetas un millón de la propiedad de la Casa Viñas y Compañía, fundada en 1892, la primera en aceites, entre las seis y las siete de la tarde de hoy...» (Se interrumpe y le consulta.) ¿Fue esa la hora?  
PATRICIO.- Sí, esa debió de ser.  
CARMELO.- «Se invoca...» (Detiéndose de improviso, sin saber a quién debe invocarse.) ¿A qué se invoca en estos casos, maldita sea mi suerte...?  
PATRICIO.- A la caballerosidad de los agraciados, por ejemplo...  
CARMELO.- No, no, mejor: «A la honradez del pueblo madrileño», justo. A la honradez del pueblo madrileño...

(PATRICIO sacó al principio de este dictado un papel y un lápiz de su bolsillo y toma notas apresuradamente.)

...en la confianza de que... los agraciados devolverán las cantidades recibidas con el fin de librar de la cárcel al... (Mira con acentuada hostilidad a don CLAUDIO.) botarate éste que mil rayos confundan... Bueno, «al improvisado filántropo». ¿Entendido?  
PATRICIO.- Sí, don Carmelo. ¿Decimos que se les gratificará?  
CARMELO.- ¿Con qué va usted a gratificar al que le pide cien mil pesetas?  
PATRICIO.- Yo...

CARMELO.- Ande, márchese.  
PATRICIO.- Sí, me voy en seguida.  
CARMELO.- (A CLAUDIO.) ¡Es su última oportunidad!  
EULALIA.- Lo que es, si no le queda otra...  
CARMELO.- ¿Qué quiere darme a entender?  
EULALIA.- Aquí, en confianza, si usted hubiera sido uno de los cien mil, ¿las devolvería?  
CARMELO.- ¡Señora!  
EULALIA.- ¿Sabe usted el único que tiene de verdad manera de arreglar las cosas?  
CARMELO.- (Esperanzado.) ¿Quién?  
EULALIA.- (Se vuelve melodramática a la imagen.) Éste...  
CARMELO.- ¿Y quién es éste?  
EULALIA.- San Cosme Bendito.  
CARMELO.- Bueno, no me tome por hereje, señora; pero entre San Cosme y la radio, yo tengo más confianza en la radio.

(Y rápidamente cae el...)

TELÓN

Acto II

El decorado es el mismo del acto primero. Son las diez de la mañana del día siguiente. Al levantarse el telón, EMILIA aparece por la lateral izquierda, JULITA sale tras ella.

EMILIA.- ¿Cuándo se fue Eulalia?  
JULITA.- Hace dos horas, a eso de las ocho.  
EMILIA.- ¿Por qué no la acompañaste?  
JULITA.- No me dejó. Y ya sabe cómo es... Cuando una cosa se le mete en la cabeza...  
EMILIA.- Haberme avisado, mujer, que estoy puerta por medio... Y los vecinos son para las ocasiones. No hay que decir que a donde ha ido Eulalia es a la Comisaría.  
JULITA.- Figúrese... Se llevó una cesta con el desayuno para el tito, que ha pasado la noche allí.  
EMILIA.- Ya me lo supongo.

JULITA.- (Se interrumpe.) Calle... Ahí está la tita.

(EULALIA entra por la izquierda. Lleva, bajo un abrigo, el mismo traje de la noche anterior. Trae una pequeña tartera, de la que le desembaraza JULITA, y un manajo de flores.)

EMILIA.- Buenos días, Eulalia.

EULALIA.- Me temo que no, Emilia. (Le responde, casi mecánicamente, absorta en sus pensamientos.) ¿Llamó alguien?

JULITA.- Nadie.

EULALIA.- ¿Vino alguien?

JULITA.- No...

EMILIA.- Es muy temprano, mujer...

EULALIA.- ¿Tú crees?...

EMILIA.- ¿Y qué tal... Claudio?

EULALIA.- No me han dejado verle...

EMILIA.- ¿Y qué sabes de él? ¿Cómo pasó la noche?

EULALIA.- Mujer; aquello no es el Palacio de la Granja, precisamente... ¿Leíste el periódico?

EMILIA.- No...

EULALIA.- Léelo. (Trae uno. Se lo da, en efecto. Después se aproxima a la consola y distribuye las flores en los búcaros que escoltan a San Cosme. A continuación mira a la imagen, en actitud inquisitiva, como si midiese hasta qué punto puede contar con ella.)  
Condicional, Cosme bendito; ya lo sabes: condicional.

(Y se vapor la derecha, seguida de JULITA que se lleva la tartera.)

EMILIA.- (Que abre el periódico y no encuentra a primera vista lo que espera.) ¿Dónde está, Eulalia que no le veo?

EULALIA.- (Desde dentro.) Busca, busca... En las letras grandes...

EMILIA.- Ay, no sé... ¿Pagas extraordinarias de Navidad? ¿Es ahí?

EULALIA.- No, mujer, aunque podría serlo. Menuda paga les han dado a algunos...

EMILIA.- (Asustada de lo que lee.) ¡Jesús! ¿Es aquí?

EULALIA.- ¿Qué dice?

EMILIA.- (Entrecortadamente.) «Diego Corrientes... en la plaza del Progreso».

EULALIA.- (Que sale con JULITA.) ¿Qué te parece?

JULITA.- ¿Y por qué Diego Corrientes, tita?

EULALIA.- Por aquello de qué robaba él dinero a los ricos para dárselo a los pobres... Ay, ya lo dije... Robaba. Si es tan horrible lo que me pasa...

EMILIA.- No desesperes, Eulalia... La radio tiene mucha fuerza;... la oye todo el mundo.

EULALIA.- Sí, ya sé que los primeros que la habrán oído son los diez del regalo. La fuerza de la radio no me sirve de nada, Emilia.

La fuerza pública es la que me haría falta. O que tú... (Se vuelve a su santo.) movieses un dedo... Ni eso siquiera... La uña del meñique... y bastaría. (A EMILIA.) Trae. (Le arrebató el periódico que EMILIA miraba a hurtadillas. Lo lee.) «Claudio Martín...» Mi Claudio en los papeles... (Se interrumpe y se echa a llorar.)

EMILIA.- Vamos, vamos, Eulalia, no seas chiquilla.

EULALIA.- Si es que...

(Suena el teléfono. JULITA coge el auricular, EULALIA deja de sollozar. Sus miradas y las de EMILIA se dirigen a JULITA.)

JULITA.- Dígame... Sí, sí, aquí es... No, no, yo no. ¿Quiere usted hablar con ella? ¿Para qué? ¡Ayyy!

(Da un grito. EULALIA, arrebatadamente, le quita el auricular.)

EULALIA.- Yo soy la señora de Martín. ¿Qué pasa? Sí, sí... No..., no..., no es posible... Sí, lo es... Dígame... ¿Dónde? ¿Quién? (A JULITA.) Un lápiz, una pluma..., niña...

(JULITA sale disparada por la derecha y regresa en seguida con un lápiz que entrega a EULALIA.)

Sí... Sí... Andrea... Linares..., que vive en... Magdalena, dieciséis. (Apunta al mismo tiempo que habla.) Y dice usted que está seguro de que... Ya..., ya... Muchas gracias, muchas gracias... Oiga, y usted ¿quién es? Ah, bueno, bueno... Un, secreto... Sí..., sí... (Se interrumpe.) Ha colgado.

EMILIA.- ¿Qué pasa?

EULALIA.- Un señor que vio a Claudio cuando le daba dinero a... una muchacha que se llama... Andrea Linares..., que vive... ahí, donde dice el papel... Total, que me voy a verla inmediatamente, y que le canto las cuarenta, y...

JULITA.- ¿Y si lo niega?

EULALIA.- Le pego una somanta que la dejo temblando hasta que afloje el dinerito...

EMILIA.- Mujer, tal vez no sea necesario.

EULALIA.- Se ve que no sabes lo que hay que hacer para sacarle a uno del cuerpo cien mil pesetas. Hale, niña, el abrigo.

(JULITA se marcha por la derecha y regresa inmediatamente con el abrigo que EULALIA se pone, ayudada por EMILIA.)

El monedero, Julita.

(JULITA va a obedecerla, pero en ese instante suena el timbre de la puerta. JULITA se detiene.)

¿Quién será?

(JULITA hace mutis por la izquierda. EULALIA, a medias intranquila a medias esperanzada, mira, con discreción, hacia la izquierda. JULITA surge en seguida, un poco nerviosa.)

¿Qué?

JULITA.- Un señor que pregunta si vive aquí «el de la radio».

EULALIA.- (Sin querer dar crédito a lo que oye.) No es posible... (Mira a la imagen.) ¡Ay, Cosme bendito..., que me parece que estás reaccionando!...

JULITA.- ¿Qué le contesto, tita?

EULALIA.- Que pase, hija, que pase...

(Mutis de JULITA por la izquierda.)

EMILIA.- Dame las señas de ésa. Voy yo.

EULALIA.- ¿De verdad, Emilia?

EMILIA.- No pases cuidado.

EULALIA.- Toma. (Se las da.) Te lo agradezco mucho, Emilita.

EMILIA.- Calla, calla.

(JUAN RUIZ aparece por la izquierda. Es un hombre de unos cincuenta años, de bigote lacio y aire un poco tosco. Viste un abrigo oscuro y boina. EMILIA, le mira, cruza por delante de él, sin palabras, y le mira de nuevo. En voz baja, a EULALIA.)

Vuelvo en seguida. (Y se marcha.)

JULITA.- Este es el señor que...

EULALIA.- Pase, pase... Y tú, niña, márchate.

(JULITA remolonea un poco y se marcha, en efecto, a los pocos segundos, por la derecha.)

JUAN.- (Se arrodilla y besa la mano a EULALIA.) ¡Oh!

EULALIA.- ¿Qué es lo que le sucede? Vamos, levántese, haga el favor.

JUAN.- Debo más que la vida a su marido, señora.

EULALIA.- Conforme; pero levántese, caramba...

JUAN.- ¿Dónde está mi bienhechor, al que he de poner en un altar?

Porque es él, ¿verdad?, de quien ha hablado la radio.

EULALIA.- Sí, es él.

JUAN.- En un rapto de locura... ¡Qué disparate! ¡Qué cosas tiene uno que oír! En un momento de inspiración divina. Eso, eso es lo que cuadra...

EULALIA.- (Sin atreverse a dar crédito a sus pensamientos.)

¿Usted... es uno de los que...?



JUAN.- Sí. Yo soy.

EULALIA.- Ay, San Cosme de mi alma... ¿Y trae usted el dinero?

JUAN.- Naturalmente.

EULALIA.- ¡Julita!

(Nueva aparición de JULITA.)

JULITA.- Tía...

EULALIA.- (Un poco declamatoriamente.) ¡Enciende una vela a San Cosme!

(JULITA se retira para cumplimentar las órdenes de su tía. Así lo hace, sobre el diálogo que sigue, y se marcha, una vez concluida su tarea. A JUAN, un poco extrañado. Transición.)

Y explíqueme, ¿cómo fue todo?

JUAN.- Yo vivo no muy lejos. Soy Juan Ruiz; el propietario de la tienda de ultramarinos de la esquina.

EULALIA.- Ah, qué carero es usted, amigo. El día en que entré tenía la jalea a ocho el cuarto.

JUAN.- ¿Le gusta la jalea? Yo le mandaré cien kilos, doscientos, los que tenga.

EULALIA.- No, no se trata de eso. Y ande, cuénteme.

JUAN.- Estaba atrapado, señora... Todo por culpa del gas Neón.

EULALIA.- ¿Cómo?

JUAN.- La competencia. Braulio Fernández, el de Conde de Romanones, había puesto gas Neón... El queso manchego en su escaparate parecía una aguamarina. Entonces yo me dije... ¿Sí? Pues vas a ver tú... Y me hinché de meter gas Neón y luz fluorescente hasta a las alubias. Lavé la cara a la tienda, la volví del revés. Un ascua era de noche... Pero, claro, ¿cómo iba usted a cobrar lo mismo por el medio kilo de garbanzos antes y después de la reforma? «Carero». Sí. Esa fama empezaron a darme en el barrio... La parroquia se me fue... Gasté mis ahorros... Me atrapé... pedí un crédito al Banco... Si es cosa de brujas, palabra.

EULALIA.- No hable usted de brujas teniendo ahí a ése. (Señala a San Cosme.) Ese es él que manda.

JUAN.- No se imagine que soy un descreído. Lo que me pasa es que, según me da la vena, unas veces hablo de las brujas y otras de la Providencia.

EULALIA.- Y siga...

JUAN.- Quería decirle que, mire usted... si es casualidad; lo que yo había pedido era, justo, cien mil pesetas para tapar unas letras que vencían el jueves, y el Banco me las había negado. ¿Se imagina usted lo que eso significaba para mí?

EULALIA.- Sí, claro...

JUAN.- Una catástrofe... Como las necesitaba, había tenido que bajar la cabeza y dar entrada en el negocio a un usurero que estaba esperándome en casa del notario para firmar la escritura. Era tan

triste mi suerte que, por un momento, pensé en cambiar de dirección y marcharme al Viaducto...

EULALIA.- ¿A quién se le ocurre?... ¡El Viaducto!...

JUAN.- Yo creo que me salvó lo mal que anda de comunicaciones.

¿Cómo se va al Viaducto? ¿Usted lo sabe?

EULALIA.- Creo que hay que tomar un 24 en Sol..., pero tendría que preguntar...

JUAN.- Óigame usted, señora; dos portales antes de donde vive el notario, su marido, mi salvador, apareció llovido del cielo. Abrió su cartera, me dijo no sé qué de la Providencia y me entregó cien mil pesetas. Aquí las tiene usted señora.

EULALIA.- ¡Julita!

(JULITA aparece instantáneamente.)

JUAN.- Cuéntelas; son cien billetes de mil.

EULALIA.- (Intenta contarlas, pero está tan nerviosa que no puede. Se pierde y vuelve a empezar. Se ríe entrecortadamente, azorada de modo visible.) Ay, si me pierdo... Como lo más que he contado en mi vida han sido setecientas... Están las cien mil... Basta ver el paquete... tan gordo... Julita, llévatelas. (En voz baja.) Guárdalas debajo del colchón.

(Mutis de JULITA.)

San Cosme le pagará el bien que me hace.

JUAN.- Si ya me lo ha pagado...

EULALIA.- No entiendo.

JUAN.- Las cien mil pesetas me libraron ayer de atarme de pies y manos. Esta misma mañana sonó el timbre de la puerta y entró un señor con otras cien mil pesetas.

EULALIA.- ¡Demonio, cómo está el barrio! (Transición.) ¿De Casa Viñas y Compañía?

JUAN.- No, del mismo Banco. Fíjese. (Le enseña una carta.) «Tal y tal... La comisión ha revisado su primitivo acuerdo y se complace en comunicarle que pone a su disposición las cien mil pesetas que solicita, en las condiciones previstas para estos casos. Suyos afectísimos...» Firma ilegible. Es la primera firma ilegible que no me da un disgusto. Le tengo yo un miedo a las firmas ilegibles... O sea que..., ¿comprende usted? (Transición. Súbitamente, vuelve a arrodillarse, dispuesto a besar la mano de EULALIA.) ¿Cómo no he de besar su mano y por donde usted pise si...?

EULALIA.- Bueno, ya ha cumplido; cálmese.

JUAN.- No, no. Su esposo está en la Comisaría, ¿verdad? ¡Qué injusticia! Ese mártir, ése apóstol... Hay que sacarle de allí, hay que asaltar la Comisaría, hay que dar masculillo al comisario, si es preciso; hay que...

(Se pone de pie excitadísimo. JULITA sale un tanto alarmada por las voces de JUAN RUIZ y hace mutis por la izquierda. Ha sonado el timbre.)

EULALIA.- Cállese, cálmese... Y muchas gracias...

JUAN.- A usted, a usted siempre. Adiós... ¿Cómo no besarle?... (Le besa de nuevo la mano, aunque EULALIA se la retira. JULITA reaparece por la izquierda, seguida de PATRICIO.) ¿Su hijita, verdad? (La besa en la frente. EULALIA deniega con la cabeza, pero es lo mismo.) ¡Dios la bendiga! (A PATRICIO.) ¿Su hermano?

(Igual gesto denegatorio por parte de EULALIA. Pero JUAN, ciego de emoción, no se da cuenta y le besa también. MARÍA entra por la izquierda. JUAN intenta besarla igualmente. Algo extraño advierte en ella, que le contiene.)

¿Su...? (No sabe qué parentesco atribuirle, y una voz interior le dice que ninguno.) Usted perdone.

(Y hace mutis alocado, por la izquierda. Quedan en escena entonces MARÍA, JULITA, EULALIA y PATRICIO. PATRICIO mira a MARÍA, atónito,

sin comprender la razón de su presencia en aquella casa. MARÍA le sonrío, muy levemente, muy a distancia, sin que ni JULIA ni EULALIA sorprendan su sonrisa.)

EULALIA.- (A MARÍA.) Buenas. (Suena el teléfono. Coge el auricular.) Un momento... ¿Quién es? Ah, Emilia... Dime, dime...

PATRICIO.- (A MARÍA, sin que los demás le oigan. Con un tono de viejo amigo.) ¿Qué haces aquí, hijita?

MARÍA.- Siglos sin verte, galán...

PATRICIO.- (Temeroso de una indiscreción.) Pss...

EULALIA.- Estupendo, Emilia. Magnífico... Que venga, sí. Date prisa. Cuidado con el dinero. Hasta luego. (Y cuelga. A MARÍA y PATRICIO.) Dispénsame un segundo. (Mutis, velocísima, por la derecha.)

JULITA.- (Desde el umbral.) ¿Quieres algo tía?

EULALIA.- (Desde dentro.) No, no, nada... (Regresa en el acto. Trae una segunda vela. La enciende con las cerillas que saca de la cómoda y hace un mimo a la imagen de San Cosme.) Rico...

(Transición.) ¡Patricio! (A MARÍA.) Usted. perdone. Hazme el favor, Patricio. Vete a la Comisaría. Di que ya han devuelto doscientas mis pesetas...

PATRICIO.- ¿Es posible?

EULALIA.- Sí, y que estoy muy animada y a ver si puedes conseguir que a mi Claudio...

PATRICIO.- No te preocupes.

EULALIA.- Y esa señora, ¿quién es?

PATRICIO.- (Miente como un bellaco.) Ni idea.

JULITA.- Subía la escalera cuando entraba usted... Preguntaba por ti, tita.

EULALIA.- No creo que venga a darme dinero.

PATRICIO.- Si no viene a sacárselo... Bueno, me marcho corriendo..

EULALIA.- Gracias; Patricio.

(PATRICIO hace mutis por la izquierda. Antes saluda con una reverencia un poco convencional, a medias ceremoniosa, a medias zumbona, a MARÍA.)

MARÍA.- Caballero...

EULALIA.- Pase, pase... No se quede ahí. Y dígame qué desea...Y tú, niña, déjanos.

(Mutis obediente de JULITA.)

MARÍA.- ¿Está usted bien?

EULALIA.- Pues, así así nada más...

(MARÍA, avanza unos pasos. Creo que ha llegado el momento de decir, aunque nos cueste alguna violencia, que MARÍA, es una mujer de la vida. El público, naturalmente, lo habrá comprendido en seguida.

EULALIA, menos sagaz, tardará algún tiempo en darse cuenta. Pelo teñido, zapatos rojos, monedero y maquillaje de profesional, la denunciarán inmediatamente. MARÍA es abundante de carnes, simpática -¿por qué no?- y agraciada.)

MARÍA.- Ya me hago cargo...

EULALIA.- Pero siéntese, no esté de pie.

MARÍA.- Se agradece. (Se sienta, en efecto, frente por frente de EULALIA.) ¿Usted es la señora de don Claudio Martín?

EULALIA.- Para servirla.

MARÍA.- Claro... Don Claudio no está.

EULALIA.- (Un poco desasosegada.) No, no... Ha salido... ¿Pero es en relación con... por lo que viene usted?

MARÍA.- Naturalmente.

EULALIA.- ¿Y se estaba tan callada? Dígame, por favor, de qué se trata, que me tiene en vilo.

MARÍA.- (La mira con indulgencia.) Lo comprendo, señora. Es algo que me sucedió ayer, que me ha hecho cavilar mucho y que no he comprendido hasta hoy. Verá usted. Yo suelo pasearme por la plaza del Progreso.

EULALIA.- ¿En enero también?

MARÍA.- (Ambigua.) En todo tiempo.

EULALIA.- Caramba...

MARÍA.- Ayer estaba paseándome; como todas las noches...

EULALIA.- ¿Se pasea por las noches?

MARÍA.- Yo preferiría las tardes, pero...

EULALIA.- Dispéñseme si la interrumpo. Es de puro nerviosa y de miedo que tengo.

MARÍA.- No se preocupe, señora. El caso es que andaba, como le digo, paseándome por la plaza del Progreso, cuando, de pronto, se me acercó un señor, que yo pienso que tenía que ser su marido...

EULALIA.- (Se levanta, va a la cómoda, coge un retrato que hay detrás de la hornacina de San Cosme, y se lo enseña.) ¿Era éste? (MARÍA vacila un poco.) Bueno, ése es el retrato de cuando nos casamos. Y entonces no llevaba bigote, que se lo dejó en la guerra. Y, claro, ayer iba vestido de otra forma. Escuche, con un abrigo gris. Y una bufanda. ¿Iba así?

MARÍA.- Sí... El mismo.

EULALIA.- ¿Y qué? Cuénteme; se le acercó y ¿qué? Menudo susto, ¿no?... Porque..., de noche...

MARÍA.- Susto precisamente, no. Al contrario... En fin... ¿Su marido usa una cartera de piel de cerdo con unas correas...?

EULALIA.- Sí, sí... ¡Fue él, no lo dude!

MARÍA.- Bueno, pues la abrió y me dio cien mil pesetas.

EULALIA.- Ya ve usted: no me las ha dado a mí en toda su vida. ¿Le conocía usted de antes?

MARÍA.- Vaya usted a saber... Conoce una a tanta gente... Pero me parece que no.

EULALIA.- ¿Y qué le dijo?

MARÍA.- Estaba muy excitado, y no crea usted que se le entendía muy bien. (Le imita.) «Acéptelo, acéptelo, señora. Es la Providencia quien me manda». Algo así fue lo que me dijo.

EULALIA.- ¿Y qué hizo usted?

MARÍA.- Al principio, yo no caía bien en la cuenta de qué se trataba. Como había tan poca luz... Noté que me metía en la mano unos papeles que parecían dinero. Y le vi escapar, corre que te corre, por Concepción Jerónima.

EULALIA.- Ay, madre, qué loco...

MARÍA.- Le juro a usted que cuando me acerqué al farol de mi esquina y eché una ojeada al paquetito creí que me iba a dar algo...

EULALIA.- Señora, ya se lo habían dado.

MARÍA.- Me quedé de piedra... Uno tras otro, cien billetes de los grandes... ¡Qué enormidad!

EULALIA.- ¿Y qué pensó usted?

MARÍA.- Si serían de anuncio del coñac Viriato que algún gracioso de esos de mala pata ya me ha pasado de matute alguna vez... Sí, sí... De los mejores que le han salido al Banco de España. Entonces me entró un sofoco espantoso, y luego un frío que no quiera usted saber. Lo primero que se me ocurrió fue tomar un taxi, igual que si hubiera hecho un atraco...

EULALIA.- Imagínese... ¿Le dijo usted a alguien lo que le había sucedido?

MARÍA.- Ni por lo más remoto... Aparte de que... (Se estremece de júbilo al recordarlo.) he pasado la noche sola, como una reina...

EULALIA.- ¿Es usted soltera?

MARÍA.- De vocación sí, señora.

EULALIA.- Total que...

MARÍA.- Que hoy por la mañana puse la radio. (Se ríe.) Oiga: es la primera vez, desde hace años, que me despierto a las ocho. Pero como ayer me había acostado a las diez, y no estoy acostumbrada a estos lujos, pues a ver si salía música bonita, de esos mambos que a mí me gustan... Y sí, sí... Salió una voz que me hizo polvo; contándolo todo ce por be: que si estaba loco o cuerdo, que si le iban a meter en la cárcel, que si el dinero era de no sé qué sociedad, etc., etc... Al final hablaban de la honradez del pueblo madrileño. Esto me llegó a lo vivo, porque yo soy nacida en la calle de la Aduana y criada en la de Lope de Vega..., y aquí me tiene.

EULALIA.- (Sin atreverse a hablar.) ¿Con las cien mil...?

MARÍA.- Menos lo que me han costado los dos taxis, el de ayer y el de hoy, que eso creo yo que debe ser a cuenta de la empresa. (Abre el bolso y saca de él un fajo de billetes, que se dispone a entregarle.)

EULALIA.- (Sin respiración.) ¡Julita!

JULITA.- Sí, tía.

EULALIA.- Enciende a San Cosme la tercera vela...

MARÍA.- Noventa y nueve mil novecientos ochenta y siete con cincuenta... Tómelas.

EULALIA.- (Se le queda mirando, llena de agradecimiento, y aun de asombro mientras las recoge.) ¿Puedo saber cómo se llama usted?

MARÍA.- María Gómez. Pero por ese nombre no me conoce nadie. María Calzones me llaman.

EULALIA.- (Un poco extrañada.) ¡Ah!

MARÍA.- Es que fui sastra.

EULALIA.- ¿Ya no lo es?

MARÍA.- Ya, no.

EULALIA.- ¿Se torció el negocio?

MARÍA.- (Añorante.) El año cuarenta y dos hice cincuenta marineritos de primera comunión, no crea usted. Y a darle vuelta a los trajes de caballero nadie me aventajaba... Pero el negocio se torció, como Usted dice...

EULALIA.- Y ahora, ¿a qué se dedica usted?

MARÍA.- (En un tono de cierto desdén, como si el candor de EULALIA le pareciera inverosímil.) A mis labores.

EULALIA.- (Todavía en el limbo.) Ya.

MARÍA.- (Abre el bolso y saca una cajetilla.) ¿Quiere usted un rubio?

EULALIA.- ¿Yo?...

MARÍA.- Tengo negro también si lo prefiere...

EULALIA.- (Repite mecánicamente.) A sus... labores... (Ahora lo comprende todo y aboga un grito con la mano en la boca.) ¡Ay!...

MARÍA.- (Muy tranquila, mientras enciende su cigarrillo.) ¿Qué le pasa, señora? ¿No había caído?

EULALIA.- Pues...

MARÍA.- Ea, ea, que ya ve que no me como a nadie.

EULALIA.- No, no; sino...

MARÍA.- Pues entonces...

EULALIA.- ¿Y usted... me devuelve...?

MARÍA.- Le extraña, ¿no?

EULALIA.- No sé qué contestarle.

MARÍA.- Pues yo le explicaré por qué. Porque su marido ni me pellizcó siquiera...

EULALIA.- ¡Faltaría más!

MARÍA.- ¡Huy!, no se escandalice; cualquiera se fía de los hombres... Un pellizquito, un azote habría bastado para que yo creyese que las cien mil eran su regalo... Ni rozarme, palabra... Y yo, que hace mucho que me he puesto el mundo por montera, y que sé que soy la última de la clase, de vez en cuando, y por variar, soy también honrada a mi modo. ¿Entiende usted?

(Timbre dentro.)

EULALIA.- (Desconcertada.) Sí entiendo, sí.

(JULITA aparece por la derecha.)

¡Julita! (A medias en tono de reprimenda; a medias de protección.)

¿Qué se te ha perdido aquí?

JULITA.- Si es que han llamado, tita.

MARÍA.- (Que advierte, sin sentirse demasiado herida, el porqué de las palabras de EULALIA.) ¡Huy!, señora; no tenga miedo... Si «esto», no se contagia.

(JULITA ha hecho mutis por la izquierda.)

EULALIA.- No vaya usted a suponer que...

MARÍA.- (Comprensiva.) Yo no supongo nada. Bueno. Y tal día hizo un año. Me marchó.

EULALIA.- (Un poco azorada desde que MARÍA le leyó el pensamiento.) ¿Se va usted?

MARÍA.- Si en algo puedo serle útil... Ya sabe dónde estoy... De siete a diez, normalmente, ahí, en la plaza..., y por las noches, en la Castellana.

EULALIA.- Muchas gracias. Es usted muy amable. (Transición.) Escuche usted.

(JULITA entra por la izquierda. Trae unas cuantas cajas de jalea que deja sobre la cómoda y vuelve a irse, sin duda alguna para recoger más.)

Casi no me atrevo a preguntarle una cosa...

MARÍA.- Dígame, dígame:..

EULALIA.- Con los veinte mil duros, ¿hubiera vuelto a trabajar de sastra?

MARÍA.- (Vacila un poco.) Ya me cogería la aguja desentrenada; pero, cualquiera sabe, a lo mejor...

(EULALIA se lleva la mano al bolsillo, donde guardó el dinero. Un impulso le acomete.)

MARÍA.- (Le ataja.) No piense en disparates... Vaya, abur...

(Nueva entrada de JULITA con el mismo cargamento y nueva salida.)

EULALIA.- (Un poco conmovida.) Es usted una mujer como se debe ser.

MARÍA.- Tanto, tampoco creo.

EULALIA.- Otra cosa... Por casualidad, ¿vio usted ayer a mi marido acercarse a alguien más?

MARÍA.- Calle, sí. A un tipo muy raro que...

EULALIA.- ¿Le conoce usted?

MARÍA.- Déjelo de mi cuenta. No se me despinta. Me lo he tropezado cuando venía. Si doy con él, palabra que se lo traigo. (Inicia el mutis.) ¿Es que no le han devuelto el dinero?

EULALIA.- Solamente, con las de usted, trescientas mil pesetas.

MARÍA.- Hay mucha golferancia suelta.

(Hace mutis por la izquierda. JULITA entra por tercera vez con más cajas de jalea. EULALIA se ha quedado pensativa en un instante, en el centro de la escena. Ahora le llama la atención JULITA.)

EULALIA.- ¿Qué es eso?.

JULITA.- Jalea, de parte del señor Ruiz.

EULALIA.- ¡Qué simpático! (Saca el dinero del bolsillo y se lo da a JULITA.) Mételo, como el otro, en la caja fuerte.

JULITA.- Sí, tía, el señor Ruiz está subiendo.

(Y hace mutis por la derecha. Simultáneamente, don JUAN RUIZ, comparece en la puerta de la izquierda. Trae una gran cesta de Navidad.)

EULALIA.- Pero don Juan...

JUAN.- No me diga nada. No proteste.

EULALIA.- Que Dios le bendiga, buen hombre. Y si es que salgo de ésta en condiciones de ser cliente de alguien, cuente conmigo.

JUAN.- Gracias, gracias. ¡Ah!, y cuidado si van a la calle. No cabe un alfiler.

EULALIA.- (Se asoma instintivamente a la ventana.) Pero, ¿qué pasa?

JUAN.- Que se ha corrido la voz de lo de don Claudio, y hay medio



Madrid curioseando.

EULALIA.- Lo que nos faltaba.

JUAN.- Si abre, la ovación se oirá en Rosales.

EULALIA.- Por si fuera pequeña la bromita, esto ahora.

EMILIA.- (Desde dentro, por la izquierda.) Eulalia, Eulalia...

(E irrumpe, gozosísima, por la izquierda.) ¡Aquí la traigo!

JUAN.- ¿Otra más?

EULALIA.- Sí, aunque no espontánea.

(Con EMILIA, Andrea Linares. ANDREA es una muchacha no muy joven y más bien feúcha, que usa gafas. Diríase que teme algo, aunque no sepa bien qué. EULALIA, al contrario, llega exultante de júbilo, JULITA, que vuelve a escena, le secunda.)

EULALIA.- Entre, chiquilla, entre.

ANDREA.- (Asustada.) Pero no avisarán a la Policía...

EULALIA.- ¿Cómo se le ocurre? ¿Y por qué?

EMILIA.- Es que no quería darme el dinero, y para que se decidiese...

ANDREA.- Yo... (Y rompe a llorar.)

EULALIA.- ¿Y a qué viene esa llantina ahora? Hale, hale...

Serénesese... ¿Tiene los veinte mil duritos? (EMILIA le hace señas de que los lleva en el bolsillo del abrigo. EULALIA vence la oposición, enconada, pero infantil a la vez, de ANDREA, y saca de él, atados todavía con la clásica gomita, los cien billetes de a mil.) Vamos, vamos, no hay que resistirse. Es un poco fastidiosillo, porque a nadie le amarga un dulce; pero, en fin, ya se acabó. (Examina sumariamente los billetes.) Diez... veinte... Qué amor... Están todos... (Hace una carantoña a ANDREA.) Julita, ya sabes: a la caja fuerte con ellos.

(Mutis de JULITA por la derecha, que se deshace en seguida.)

¿Y esas lagrimitas? Por Dios, que no se diga... (Se las enjuga con su propio pañuelo.)

ANDREA.- Tengo la negra... Cuando todo parecía arreglárseme... (Llora, llora siempre, sin descanso.)

EULALIA.- Pobrecita...

ANDREA.- Usted no sabe lo que es estar soltera.

EULALIA.- Ay, hija, también lo supe. Y lo que es hoy, cualquier cosa daría por seguir estándolo.

ANDREA.- Nos pedían cinco mil duros de traspaso por un piso, y mi Jaime, el pobre, no los tenía, ni yo tampoco. Y de pronto, ayer...

EULALIA.- (Remeda a CLAUDIO.) «Acéptalo, es la Providencia»...

ANDREA.- Cuando se lo conté a mi Jaime, perdió el habla, de puro contento...

EULALIA.- ¿Y ninguno de los dos oyó la radio?...

ANDREA.- (Tras una pausa embarazosa.) Si va una a hacer caso de todo lo que dice la radio...

EULALIA.- (A EMILIA.) En eso lleva razón.  
ANDREA.- ¿Y cómo se ha enterado de que yo...?  
EULALIA.- Se dice el pecado, pero no el pecador.  
ANDREA.- ¡La negra, tengo la negra!

(Más llanto. Suena el timbre, JULITA cruza velocísima, para abrir.)

JULITA.- ¿Será otra vela, tita?  
EULALIA.- No sé; las cosas se están poniendo de tal conformidad...  
JUAN.- Ver para creer...

(JAIME entra por la izquierda. Es un muchacho desenvuelto y simpático.)

JAIME.- Buenos días. Y ustedes perdonen... Niña, ¿qué es lo que sucede? Me dijo tu chacha que...  
ANDREA.- (Se le acerca, buscando su amparo.) Ay, Jaime, una desgracia horrible. ¿Te acuerdas de lo que te conté de un señor que...? Pues era el marido de esta señora...  
JAIME.- ¿Y cómo se ha enterado de que tú...?  
ANDREA.- Es lo que no sé, Jaime, por más que me rompa la cabeza.  
EULALIA.- Y no tiene por qué rompérsela; que es muy bonita. Aparte de que lo mismo da que haya sido de un modo o de otro.  
ANDREA.- Ya no nos casamos, Jaime...

(Habla reclinada en el hombro de JAIME, vuelta de espaldas a EULALIA. EULALIA mira inquisitorialmente a JAIME y empieza a sospechar, de modo visible, de quién ha podido partir la denuncia.)

JAIME.- Ya nos casaremos, niña, que nadie nos corre...  
EULALIA.- (Mira a JAIME.) Esa voz..., ¿dónde la he oído yo antes?  
ANDREA.- Yo, que soñaba con que...  
JAIME.- Hay que tener un poco de paciencia. Somos jóvenes, Andrea...  
ANDREA.- Si es que yo... (Vuelve a llorar.)  
JAIME.- ¿No habría un calmante para esta criatura? Ya ven ustedes cómo esta...  
EULALIA.- Esa voz...  
EMILIA.- Cien mil calmantes le harían falta.  
EULALIA.- (Que sigue mirando a JAIME de una manera delatora, mientras se acerca a la derecha.) Julita...  
JAIME.- Anda, tranquilízate, todo se arreglará.  
EULALIA.- Dale azahar. De lo poco que me sobró ayer de la botella.  
JAIME.- Todo se arreglará.  
EULALIA.- Ah, claro. (Ahora identifica la voz.) Oiga usted amigo.

JAIME.- Dígame.

(Larga pausa. La mira, de hito en hito.)

EULALIA.- Y usted, ¿por qué no quiere casarse?

JAIME.- ¿Yo? Si lo estoy deseando.

EULALIA.- (Acometedora.) Usted a mí no me engaña. Usted es quien ha telefoneado para denunciar a su novia. Hombre, en esos casos se disimula la voz.

JAIME.- Tiene usted mucha imaginación.

EULALIA.- Y usted muy poca vergüenza.

JAIME.- Psss... No se excite, que al fin y al cabo, más debe agradecermelo que echármelo en cara.

EULALIA.- (No sabe qué replicarle.) Prefiero callarme.

JAIME.- (Sin poder sustraerse, a la confidencia.) ¿Usted cree que con los precios de hoy puede pensar uno en locuras?

EULALIA.- Pobre angelito. (Se acerca a ANDREA.) ¿Qué? ¿Mejor ya? No le importe que se aplace la boda. (Mira de nuevo a JAIME, retadoramente.) ¿Quién sabe dónde esta la suerte de las personas?

JAIME.- Yo te voy a querer, siempre igual...

EULALIA.- Eso me temo.

ANDREA.- La negra, tengo la negra.

(Nueva llantina. Mutis de ANDREA y JAIME por la izquierda, precedidos de JULITA.)

JUAN.- Bueno, señora, la dejo... Que haya suerte.

EULALIA.- Gracias, gracias.

JULITA.- Tía, unos periodistas que te quieren ver.

EULALIA.- Ah, no. Hasta ahí podrían llegar las cosas. Al primero que entre, lo mato.

(Mutis de JULITA.)

JUAN.- Cuidado, señora. La Prensa puede ayudarle mucho.

EULALIA.- ¡Me importa un pito!

JUAN.- Yo se los echo entonces.

(Mutis.)

JULITA.- (De nuevo.) Y don Carmelo, tía.

EULALIA.- Ah, esa es harina de otro costal. Ábrele.

(Mutis de JULITA. Se oye un confuso forcejeo, voces alteradas, rumor de disputa.)

JUAN.- ¡He dicho que no, y sanseacabó!  
EMILIA.- (Acongojada.) Dios mío.

(Al cabo de unos segundos, don CARMELO por la izquierda. Le acompaña el policía. Don CARMELO llega arreglándose la corbata y componiéndose el abrigo. Al policía le han magullado el sombrero. Tras de ellos; JUAN un poco despeinado también, y PATRICIO.)

PATRICIO.- (Mira, receloso, a la lateral de su entrada.) ¡Qué barbaridad!  
CARMELO.- (Al POLICÍA.) Dígame, ¿eso es lo que llaman los chicos de la Prensa?  
POLICÍA.- Tal creo.  
CARMELO.- Caray con la Prensa.  
EULALIA.- (Al POLICÍA.) Y a usted, ¿qué se le ha perdido aquí?  
POLICÍA.- Más respeto. (Le enseña la insignia en la vuelta de la solapa.) Soy policía y vengo a tomarle declaración.  
EULALIA.- ¿Sí? Pues entérese. Hay devueltas, contantes y sonantes, trescientas mil pesetas.  
CARMELO.- ¡Caramba!  
EULALIA.- Y no será difícil que nos devuelvan más. Me lo dice el corazón..  
CARMELO.- ¿Y dónde están?  
EULALIA.- Espere un momento. Aun no es hora de caja. En seguida se le entregarán.  
POLICÍA.- Su nombre, señora.  
EULALIA.- Eulalia Laborda de Martín.  
POLICÍA.- Edad...  
EULALIA.- No se la he dicho ni a mi marido, para que se la diga a usted.

(El timbre por centésima vez. Voces, protestas. JULITA ha hecho mutis. El POLICÍA también.)

CARMELO.- ¿Otra vez los chicos de la Prensa?  
JUAN.- (Desde dentro.) Es una mujer y un tipo muy extraño.

(EULALIA mientras tanto se aproxima a la supuesta ventana.)

JULITA.- ¡Es la de antes, tita!  
EULALIA.- ¿La sastra? ¡Ábrele!

(MARÍA surge con aire triunfal por la izquierda. La sigue JUAN.)

EULALIA.- ¿Qué pasa?  
MARÍA.- He cumplido mi palabra.

POLICÍA.- (A MARÍA.) ¿Quién es ese tipa?

MARÍA.- (Pide silencio.) Psss... Ahora lo sabrán.

(Y se presenta, en efecto, un extraño tipo. Lleva pantalones bombachos y media bota. Una zamarra con cuello de piel en la que se ven algunas conchas. Un morral a la espalda y una especie de báculo que sostiene en lo alto, una calabaza. Lo más característico de él, sin embargo no es su atuendo, sino su tocado; grandes barbas negras, grandes melenas hasta el cuello y un flequillo que casi le bordea las cejas. Tiene el aire de un iluminado. Parece ni mirar ni ver a quienes están cerca de él.)

EULALIA.- ¿De dónde ha sacado usted esto?

POLICÍA.- (A boca de jarro.) ¿Quién es usted?

CRISÓSTOMO.- Soy romero.

POLICÍA.- ¿Y de segundo apellido?

CRISÓSTOMO.- No le entiendo.

POLICÍA.- Su nombre completo le pregunto. Romero y qué más.

CRISÓSTOMO.- Yo me llamo Crisóstomo de Lárgama y Sagustí. Romero no es mi nombre; es mi oficio.

CARMELO.- ¿Es usted romero..., peregrino...?

CRISÓSTOMO.- Sí. Yo he nacido para volver a hacer del camino de Santiago la gran vía del mundo cristiano.

POLICÍA.- ¿Tiene usted carnet de identidad o pasaporte?

CRISÓSTOMO.- Estoy por encima de esas pequeñeces.

CARMELO.- ¿Por qué nos han traído este turista?

EULALIA.- ¡Cállese!

POLICÍA.- ¿De qué vive usted?

CRISÓSTOMO.- Como si es preciso, los lagartos de las tapias.

POLICÍA.- Su domicilio.

CRISÓSTOMO.- Siempre bajo los puentes. La última noche, en el de Toledo.

POLICÍA.- ¿Tiene usted moneda que declarar?

CRISÓSTOMO.- (Absorto.) Moneda...

MARÍA.- Sí que la tiene. (A EULALIA.) Este es otro de los del reparto.

CRISÓSTOMO.- ¿Qué reparto?

CARMELO.- El de mi dinero. ¿Lo lleva usted? Venga, démelo.

(CRISÓSTOMO avanza unos pasos sin responderle. Habla mirando al infinito.)

CRISÓSTOMO.- Durante dos semanas he castigado el cuerpo y el alma para merecer los dones de mi Patrono. ¿Qué sería sin ellos de la gran vía de Occidente? Un sendero de cabras. Y ayer mi Patrono me concedió su ayuda. Subí por unas calles que no conocía y llegué a una pequeña plaza en la que me detuve. Era de noche, y no había ninguna luz donde yo estaba. Ni estrellas ni faroles. De pronto, vi

un resplandor extraño y un ser maravilloso que avanzaba hacia mí.

EULALIA.- ¿Cómo era ese ser? ¿Llevaba abrigo gris, sombrero negro...?

CRISÓSTOMO.- No. Vestía de blanco de la cabeza a los pies.

EULALIA.- ¿Qué le dijo? «Es la Providencia, es la Providencia... Acéptelo».

CRISÓSTOMO.- No. Habló así: «Utinan obolus hic, ad magnam occidentis viem extruendam adjuvat».

CARMELO.- (A EMILIA, voz baja.) ¿Habla latín don Claudio?

EMILIA.- Qué va...

CRISÓSTOMO.- ...quae more medievali. Erae atomicae peregrinantes. Compostellam adducat».

POLICÍA.- En cristiano, amigo.

EULALIA.- Más cristiano que el latín...

CRISÓSTOMO.- (Traduce gentilmente.) «Que este óbolo ayude a abrir la gran autopista de Occidente que, como en los días de la Edad Media, lleve a Compostela a los romeros de la era atómica».

CARMELO.- ¿Y el óbolo ése?

CRISÓSTOMO.- Me dio unas monedas de oro.

EMILIA.- ¡Qué cosas pasan en la plaza del Progreso!

EULALIA.- A ver si ha sido otro.

MARÍA.- No, no. (Se le acerca.) Yo lo vi todo y le aseguro que fue él.

CARMELO.- Por mí no se preocupe; no me importaría cobrar en oro.

POLICÍA.- (A CRISÓSTOMO) Bueno, ¿dónde están esas monedas?

CRISÓSTOMO.- No las tengo.

CARMELO.- ¡Ya me parecía!

POLICÍA.- ¿Qué hizo usted de ellas?

CRISÓSTOMO.- Las he convertido en billetes de curso legal.

CARMELO.- ¡Ya me parecía!

POLICÍA.- Bien; démelos.

CRISÓSTOMO.- ¿Por qué?

POLICÍA.- Porque son de la casa Viñas y Compañía.

CRISÓSTOMO.- ¿Qué casa es ésa?

CARMELO.- ¡Qué ignorancia! La primera en aceites. Fundada en 1892.

CRISÓSTOMO.- ¿Y qué tengo yo que ver con esa casa?

CARMELO.- Le repito que es la propietaria de ese dinero

CRISÓSTOMO.- Ese dinero es para la autopista de Occidente, y sólo a quien la construya he de entregárselo.

CARMELO.- Esto es gracioso. Ahora resulta que tengo que hacer carreteras.

EULALIA.- Usted no comprende nada, señor Viñas. Este hombre es un iluminado. En mi marido ha visto un enviado de Dios.

CARMELO.- En su derecho está, siempre que no vea en mi dinero el de la autopista.

POLICÍA.- ¡Vengan las cien mil pesetas!

CRISÓSTOMO.- ¿Qué atraco es éste? Pediré socorro. ¡Policía, policía!

(Se acerca a la supuesta ventana, frente al espectador. Don CLAUDIO y el POLICÍA le asaltan, cada uno por su lado. En el forcejeo, la calabaza se viene al suelo y se rompe. Dentro aparecen las cien mil pesetas.)

CARMELO.- (Victorioso.) ¡Aquí las tenemos!

CRISÓSTOMO.- ¡Les meteré en la cárcel!

POLICÍA.- Al causante de este lío es al que voy a llevar a la cárcel de cabeza. (Se lo notifica a EULALIA.) Ya lo sabe usted, señora. Ahora mismo su marido pasará desde la Comisaría al calabozo. (A CRISÓSTOMO.) Usted acompáñeme; tiene que explicarme algunas cosas.

(Inicia el mutis por la izquierda.)

EULALIA.- (Se dirige a la imagen de San Cosme, ante la que se arrodilla.) Santo mío, sé que te voy a coger fatigado, pero no hay más remedio. Con cuatrocientas mil pesetas no salimos de apuros. Haz que aparezcan las otras para que mi Claudio, que no es malo, sino tonto solamente, no vaya a la cárcel... Tú sabes que yo he sido siempre partidaria tuya. Ayúdame, San Cosme; y yo te prometo que...

(El POLICÍA, CARMELO, y CRISÓSTOMO, han suspendido su marcha  
atentos  
a su plegaria. Ahora suena el timbre del teléfono. EULALIA lo oye, transfigurada, con la convicción de que San Cosme le ha echado una mano.)

PATRICIO.- Dígame... Sí, es la casa de don Claudio Martín. Sí, sí, aquí está el Policía. (Le ofrece el auricular al POLICÍA.) El comisario pregunta por usted.

POLICÍA.- (Extrañadísimo.) ¿Por mí?... (Al teléfono.) ¿Quién es? A sus órdenes, señor comisario. ¿Qué está usted diciendo?... Pero eso es imposible... ¿Y el dinero? (Incrédulo.) No... Bueno; bueno... lo celebro... ¿Y don Claudio?

CARMELO.- ¿Qué pasa?

EULALIA.- (Con la mano en la hornacina de San Cosme. Excitadísima.) ¡Ya verán, ya verán! Algo grande. Estoy segura.

POLICÍA.- Es increíble... En el momento de llegar el avión de Madrid a Barcelona ha sido detenido un sujeto llamado Sergio Muntaner, con la cartera de Claudio Martín, y dentro de ella el resto de su dinero. (Señala a don CARMELO.)

CARMELO.- ¿Cómo?

EULALIA.- ¿Qué les decía yo?

POLICÍA.- Esto parece cosa del demonio...

CARMELO.- ¡Hágase el milagro, y hágalo el diablo!

EULALIA.- ¿Quién habla aquí del diablo? San Cosme, San Cosme; ése es el del milagro. (Muestra la imagen a todos.)

EMILIA.- ¡Es verdad! Milagro, milagro...

JULITA.- Milagro, milagro...

(El POLICÍA y don CARMELO hablan entre sí.)

EULALIA.- (AL POLICÍA.) ¿Y mi Claudio?

POLICÍA.- Ha salido para aquí hace diez minutos. Estará al llegar.

EULALIA.- (A la imagen.) Dios te lo pague, Cosme bendito. Te has portado como un hombre.

(En este momento llega de la calle un rumor creciente de voces y aplausos. Se oye un «¡Viva don Claudio!», coreado por la multitud con entusiasmo. Una charanga toca una marcha cualquiera.)

¡Ahí viene!

(Abre el balcón. Un ramalazo de frío invita a todos los caballeros a subirse las solapas de la chaqueta o de los abrigos, EULALIA no siente frío ninguno, ni JULITA. El pueblo grita ahora rítmicamente: «Que cunda el ejemplo, que cunda el ejemplo, que cunda el ejemplo...»)

CARMELO.- ¡Villanos!

EULALIA.- ¡Claudio mío!

CLAUDIO.- (Se deja besar, casi sonámbulo. Después mira alrededor suyo. Ve la habitación llena de gente. Piensa en la recepción de que acaba de ser objeto y se espanta.) Hola, don Carmelo.

(Don CARMELO le vuelve la espalda con desprecio. Después, añade dirigiéndose a los demás, y a EULALIA de modo especial.)

La que he armado ¿verdad?

EULALIA.- Sí, Claudio, sí. La has armado buena.

(Y rápidamente cae el...)

TELÓN

Acto III



El mismo decorado de los actos anteriores. Los personajes esenciales de la presente historia se disponen a darle el más digno remate posible. Por de pronto, San Cosme luce como el Patrón de una cofradía adinerada, rodeado de luces. Al levantarse el telón, ANTOÑITA, seguida de JULITA, entra por la izquierda.

JULITA.- (Sale por la derecha.) Tía, es Antoñita. (Y se marcha por la izquierda.)

EULALIA.- (Sale.) ¿Qué hay Antoñita?

ANTOÑITA.- ¿Y don Claudio?

EULALIA.- Hemos preferido quitarle de en medio. Está en el piso de Emilia, con Patricio.

ANTOÑITA.- Ah, muy bien. ¿Y es verdad que han devuelto otras cien mil pesetas?

EULALIA.- Sí lo es, sí. ¡Qué cosas pasan!... Fíjese... Una señora, con una mano, las recibió de Claudio y con otra se las entregó al joyero. Una esmeralda era la ilusión de su vida... Y el marido, ¡paf!, le descubre la piedrecita hoy por la mañana.

ANTOÑITA.- Ahí va.

EULALIA.- El caso es que el marido anda con la mosca detrás de la oreja, porque ella debe ser un poquito revoltosa y se resistía a creer que existiese un tonto del calibre de mi marido, lo cual es lógico. Total, que se presentó aquí a resolver el crucigrama. Ha sido un cambio precioso: él nos devolvió las cien mil pesetas y nosotros la tranquilidad.

ANTOÑITA.- Don Carmelo de enhorabuena.

EULALIA.- Ahora vendrá a recoger su dinerito.

ANTOÑITA.- O sea que lo ha recobrado todo.

EULALIA.- Falta un lote.

ANTOÑITA.- ¿A que aparece también?

EULALIA.- No, Antoñita; ése no tiene remedio. Me telefoneó la agraciada.

ANTOÑITA.- ¿Y quién es?

EULALIA.- Misterio. Viuda, madre de siete niños, el mayor de quince años, tocado del pecho, viviendo en una sola habitación con trescientas pesetas mensuales.

ANTOÑITA.- ¡Qué barbaridad!...

EULALIA.- «¿Le extraña a usted que no se lo devuelva?» -me preguntó-. «No, hija no». -le contesté-. «Y siento no saber quién es usted, porque le mandaría veinte duros más». ¿Qué se hace en un caso así?

ANTOÑITA.- No le falta razón. Óigame, Eulalia: Lo que yo me pregunto es por qué habrá repartido a ese... ¿Sergio Muntaner, ha dicho?... , cuatro veces lo que a los otros.

EULALIA.- Mire usted, doña Antoñita. En estos casos, los primeros duros son los difíciles. A mí me resulta igual de extraño que me den veinte o que me den ochenta mil.

ANTOÑITA.- Claro, claro...

EULALIA.- Tanta diferencia, sin embargo, es un poco rara. Me muero de curiosidad de oír lo que dice Sergio Muntaner cuando le traigan.

ANTOÑITA.- Con saber lo que dice Claudio...

EULALIA.- Claudio no ha dicho ni pío. Sólo que anda dándole vueltas a la cosa...

ANTOÑITA.- ¿Es que no recuerda lo que hizo?

EULALIA.- En el fondo, tiene una idea bastante vaga, creo yo.

ANTOÑITA.- A lo mejor, para acabar antes...

EULALIA.- Pudiera ser....

ANTOÑITA.- De todas maneras, el milagro ha sido morrocotudo, ¿eh, Eulalia?

EULALIA.- ¡Ufff!... ¡Qué Santo, doña Antonia!... Mire que la papeleta era difícil. Salga usted, hecho un loco, a repartir un milloncito de pesetas, con el hambre que hay, y que el milloncito vuelva a casa íntegro a las veinticuatro horas. Es un milagro como para levantarle una catedral. Pero, ¿qué habrá imposible para San Cosme? ¡Y qué un Santo así no sea de la primera división!... Porque es que nadie le conoce...

ANTOÑITA.- ¿Y cómo es que usted...?

EULALIA.- Pues, mujer, porque una mañana, en una iglesia de un balneario, donde habíamos ido a que Claudio tomase las aguas cuando aquello de su reuma; vi un Santo allí en un rinconcito, del que nadie hacía caso, sin una vela, sin un cepillo, sin flores, sin reclinatorio, sin nada... Y le pregunté al párroco: «¿Quién es ese pobretín?», Y me lo dijo: «San Cosme», que parece que en otro tiempo tenía muchísimos partidarios, sólo que la gente es como es de tornadiza y se olvida de todo. A mí me entró una pena grandísima, porque en la misma iglesia había un San José que para qué te voy a contar: se le comían los cirios. Y yo empecé a aficionarme a él. Le pedí algunas cosas chicas por probarle, a ver que tal respiraba: lo del novio de Matilde, la hija de doña Emilia, que estaba si se subía al pescante o no, y que se casa en marzo; lo de la Lotería de la Cruz Roja, que nos hacía tanta falta y que, mira, nos tocó el reintegro, que no es una maravilla, de acuerdo, pero que demostraba deseo de agrandar, y así dos o tres naderías por el estilo... Hasta que llegaron los exámenes de Paco, el hermano de Julita. ¡Un prodigio! Seis cursos con suspenso en la Escuela de Comercio. Entra San Cosme en escena, le echa una mano, y sobresaliente en todas. ¡Ay, Antoñita, me quedé de una pieza! Total, que desde entonces uña y carne de San Cosme, y a mí que no me hablen de otro. ¡Pensar que ayer me enfadé con él por lo de los canarios!... ¡Pobrecito: tomando fuerzas estaba para la prueba de hoy!...

ANTOÑITA.- Y éste, ¿dónde lo encontraste?

EULALIA.- En un puesto del Rastro.

ANTOÑITA.- ¿Y cómo sabes que es él?

EULALIA.- Por el parecido con el del balneario.

ANTOÑITA.- Más se le da un aire a San Roque...

EULALIA.- No digas...

(EMILIA está ahora cerca de la ventana, a través de cuyos visillos

curiosesea con discreción.)

¿Qué? ¿Sigue la gente ahí?...

EMILIA.- Disminuyó un poco a la hora del almuerzo, pero otra vez se va animando.

ANTOÑITA.- Bueno, me voy... Si nos necesita...

EULALIA.- Gracias, Antoñita.

ANTOÑITA.- Adiós.

(Mutis de ANTOÑITA por la izquierda.)

EULALIA.- En fin... ¡Jesús, cuánta esperma!... Hay que arreglarte el jardín, Cosme bendito. Las apago... para encenderlas en seguida, ¿eh? No te enfades.

(Apaga las velas, en efecto. Coge algunas, dispuesta a marcharse por la derecha; pero en este instante irrumpe en tromba, por la puerta de la izquierda, don CLAUDIO, seguido de PATRICIO, de EMILIA y de JULITA.)

CLAUDIO.- (Demudado.) ¡¡Eulalia!!

EULALIA.- (Asustadísima, temerosa de un nuevo cataclismo, con los nervios de punta, deja caer las velas. JULITA se las recoge y las pone en la cómoda.) ¡Ay! ¿Qué es lo que pasa?

PATRICIO.- Nada, nada, no te alarmes.

CLAUDIO.- Si tenía que ser.

EULALIA.- ¿Qué, qué, qué?...

CLAUDIO.- Esta carta.

(Se la tiende, EULALIA intenta leerla, pero no puede. Los nervios se lo impiden, y la falta de gafas.)

EULALIA.- Julita, ¿eres tonta? ¿Qué haces como un pasmarón? Dame las gafas.

CLAUDIO.- (Le retira la carta.) Trae, yo la leeré.

(En vista de esto, JULITA no se marcha.)

EULALIA.- ¿De quién es?

CLAUDIO.- (Sarcástico.) ¡Je!.... ¡Si yo lo supiera!... (Lee.)

«Caballero: He luchado toda mi vida porque el reparto social fuese una realidad, y comprenderá usted que cuando me encuentro con que alguien lo pone en práctica, sería estúpido si lo sabotase. Le dirijo estas líneas, primero, para que no cuente con las cien mil pesetas de mi cupo, y segundo, para que sepa que han caído en las manos de un hombre honrado y de convicciones, que verá siempre en

usted el precursor de la revolución económica. Suyo y de la causa...  
Un idealista».

EULALIA.- ¡Menudo sinvergüenza!... Pero, claro es que si éste se queda con ese dinero..., las cuentas no salen. La sastra, don Juan Ruiz, la niña bitonga, el de las barbas y la de la esmeralda, suman quinientas, que tenemos. La de los niños y el golfo de la carta, son doscientas... que no tenemos, o sea setecientas. Y cuatrocientas de Sergio, un millón cien mil... ¡Ay, sobran cien mil!

PATRICIO.- San Cosme, que se pasó.

EULALIA.- No, no es eso.

CLAUDIO.- No, no; claro que no.

EULALIA.- Claudio, contéstame; ¿tú diste cuatro lotes a alguien de una vez?

CLAUDIO.- No, Eulalia. Yo los di uno a uno.

EULALIA.- ¿No te confundirías?

CLAUDIO.- Te aseguro que no.

(Timbre y pasada de JULIA camino de la izquierda.)

EULALIA.- Pues entonces, ¿quién aclara este lío?

PATRICIO.- Sólo ese Sergio Muntaner podría hacerlo.

EULALIA.- Ganas tengo yo de verle codo con codo.

JULITA.- (Atónita.) Tío, don Sergio Muntaner.

EULALIA.- ¿Pero no le han detenido en Barcelona?

CLAUDIO.- Eso han dicho.

EULALIA.- ¿Y cómo está aquí ya?

PATRICIO.- Si yo fuese un histérico, empezaría a dar gritos.

JULITA.- ¿Qué le digo? ¿Que entre?

CLAUDIO.- Claro, claro.

(Mutis de JULITA, que regresa, precedida de EL SOCIO. EL SOCIO es un tipo que lleva gabardina, sombrero flexible y guantes blancos. Tiene un aire bastante simpático. Su aspiración suprema es la de ser tomado por un hombre fino. Una cicatriz le ensombrece el rostro. Mientras habla acostumbra a dar palmaditas sordas, sobre todo al final de las frases que le quedan largas. Su sonrisa es un tanto convencional.)

SOCIO.- Buenas... ¿Don Claudio Martín?

CLAUDIO.- El mismo.

SOCIO.- Necesito hablarle.

CLAUDIO.- Usted dirá.

(EL SOCIO mira recelosamente a EULALIA y compañía. No a JULITA, la pobre, que, discreta, por esencia, ausencia y potencia, hizo mutis ya.)

EMILIA.- (Sin dar lugar a que le rectifiquen.) Con Dios...

(Mutis por la izquierda. PATRICIO se dispone a seguirla.)

CLAUDIO.- (La retiene.) Patricio y Eulalia, aguardad ahí, hacedme el favor.

(Señala la derecha. PATRICIO le obedece. EULALIA mira escrutadoramente a EL SOCIO: maldito lo que le apetece marcharse.)

EULALIA.- (Desde el umbral, inconteniblemente.) ¿Le han dado a usted ochenta mil duros?

CLAUDIO.- (Imperativo.) ¡Eulalia!

(EL SOCIO sonrío con indulgencia.)

EULALIA.- (Hace mutis, desolada. El silencio del EL SOCIO le da mala espina.) Ay, madre.

SOCIO.- (Ya a solas con CLAUDIO; mueve negativamente, lleno de monería, el dedo índice.) A mí, no.

CLAUDIO.- Ya.

SOCIO.- Claro que yo tampoco soy Sergio Muntaner.

CLAUDIO.- ¿Y quién es usted?

SOCIO.- El socio de Sergio Muntaner; el encargado del «Departamento de ideas». Yo me llamo Andrés Gómez, si bien se me conoce por «El Fino», apodo que, modestia aparte, considero merecidísimo, porque a maneras no me gana nadie.

CLAUDIO.- Ya.

SOCIO.- ¿Ha oído usted la radio?

CLAUDIO.- No.

SOCIO.- Ha hablado de usted con mucha simpatía. Y de mi socio... Sergio ha dicho que usted le había regalado cuatrocientas mil pesetas. ¿Sabe usted cómo titulaba la Radio la información? Ah, muy gracioso: «El segundo, en Barcelona».

CLAUDIO.- Pues no es verdad. Yo he repartido el millón a partes iguales. A su socio, lo mismo que a los otros. Y cuando llegue su socio lo declararé así.

SOCIO.- (Cambia súbitamente de actitud. Las palabras le han hecho mella.) Eso sí que no, por lo que más quiera, don Claudio.

CLAUDIO.- Pero, ¿qué es lo que sucede?

SOCIO.- Le confesaré la verdad. Usted tiene, o, mejor dicho, tenía una cartera magnífica, ¿no? Sergio la vio y se le fueron los ojos detrás de ella.

CLAUDIO.- Escúcheme. ¿Sergio Muntaner es un poco cojo?

SOCIO.- Sí, cojea, entre otras cosas, del izquierdo.

CLAUDIO.- Pobre... Ya sé quién es. (Le salta la risa a borbotones.) Yo me di cuenta en seguida de que mi cartera le había

llamado la atención, de que le gustaba..., y le dejé que me la quitase. (Se interrumpe.) Calle. Luego resulta que no ya cuatrocientas mil, ni cien mil pesetas siguiera he dado yo a su socio.

SOCIO.- Así es.

CLAUDIO.- ¿Cómo es que entonces pretende devolverme el dinero?

SOCIO.- Déjeme que acabe de explicarme. A consecuencia de una de mis ideas, de las que le hablaba, hace cosa de un año «cobramos» una cierta cantidad en el Banco Agrícola. (Palmaditas.)

CLAUDIO.- Demonio...

SOCIO.- La vida es tan dura, don Claudio... Y las cuatrocientas mil pesetas de mi socio eran el remate de su parte... ¿Me entiende usted?

CLAUDIO.- Sí, sí...

SOCIO.- Con seguridad, mi socio se habrá enterado de lo de usted. Pero, ¿cómo iba ocurrírsele que el protagonista de ese episodio maravilloso fuese justamente usted? La cartera iba sin nombre.

CLAUDIO.- Yo mismo rompí la tarjeta..., para no crearle complejos...

SOCIO.- Y Sergio, el muy cándido, la utilizó para guardar su dinero.

CLAUDIO.- Dirá usted el del Banco.

SOCIO.- A su gusto... La Policía había dado las señas de su cartera que, realmente, es inconfundible y capaz de tentar a un santo, y al pobrecito, en el momento de llegar al aeropuerto de Barcelona, me lo trincaron.

CLAUDIO.- Ya entiendo.

SOCIO.- Ahora bien: el dinero de los Bancos se paga, siempre caro, tanto el que se toma sin su permiso como el que da voluntariamente, y mi socio ha tenido una idea genial: puesto que la cartera era la de usted, y no podía negarlo ni justificar tampoco la procedencia del dinero, ha dicho que el dinero también era de usted. No fueran a enredarse las cosas y a descubrirse que era del Banco Agrícola.

CLAUDIO.- Sí, sí; ya entiendo.

SOCIO.- Y a usted, ¿qué le importa admitir que, por su defecto físico, o por lo que fuera, Sergio Muntaner le inspiró más compasión que los otros, y que cargó la mano al pobre cojito?

CLAUDIO.- Claro, claro. O sea, que de lo que se trata es de que yo le sirva de tapadera a su socio y a usted.

SOCIO.- Bah, bah..., no hay que llevarlo por la tremenda. Los Bancos son unos clientes ideales para los que tenemos la conciencia estrecha. Le contaré que, a la mañana siguiente de lo nuestro, me pasé por allí, a ver cómo pintaba la cosa. Y con un milloncito de menos, todo estaba lo mismo que antes. Las acciones, a doscientas noventa, como el día anterior; los cuentacorrentistas, cobrando sus talones; los empleados, sus sueldos; los consejeros, sus dietas.

Tanto, que yo me preguntaba: ¿de dónde habremos sacado nuestro dinero, que aquí no pestaña nadie?

CLAUDIO.- Pues conmigo no cuente usted para esos enjuagues.

SOCIO.- Vamos, vamos, señor Martín... A mí me gusta ponerme en lo

que piensan los demás, y le comprendo a usted. Usted se dice: que cada palo aguante su vela, ¿no?

CLAUDIO.- Justo.

SOCIO.- Sin embargo, nada se opone a que procuremos arreglar lo sucedido. Primeramente: si ayer, en esos quince minutos sublimes que vivió usted, hubiera sido el cajero del Banco Agrícola en lugar de serlo de Casa Viñas, ¿no hubiese repartido lo mismo su dinero?

CLAUDIO.- Hombre...

SOCIO.- Naturalmente que sí... Y aun con mayor motivo, porque don Carmelo Viñas, al lado del Banco Agrícola, es un muerto de hambre.

SOCIO.- Ahora bien; hoy, ¿repetiría usted lo que hizo ayer?

CLAUDIO.- (Vacilante.) Ah, hoy...

SOCIO.- No, ya veo que no. Lo de ayer fue algo extraordinario que, créamelo, ha conmovido a toda la profesión, que nos ha dado un ejemplo, pero que no se repite fácilmente. Vaya, usted, hoy, está arrepentido, preocupado de pagar los vidrios rotos... Y, por casualidad, resulta que vienen a meterle en la mano cuatrocientas mil pesetas para vidrios...

CLAUDIO.- Ya...

SOCIO.- ¿Y usted va a ser tan loco que rechace esa ganga? ¿Adivina usted lo que pasará si la rechaza? La catástrofe... Empezarán a tirar de la cuerda. Mi socio, malo será que libre... Si mi socio cae, yo tampoco me salvaré... Y naturalmente, usted entrará en la cárcel, de cabeza.

CLAUDIO.- Ya lo sé, ya lo sé.

SOCIO.- ¿Y no será monstruoso que le enganchen? ¿De cuándo acá el que ayuda a los pobres, que hay tantos, merece la cárcel?

CLAUDIO.- Amigo mío, me la he ganado a pulso y no me queda otro remedio que aguantarme.

SOCIO.- ¿Y porqué?

CLAUDIO.- Porque aunque aceptase las cuatrocientas mil de su socio, hay cien mil que se las ha llevado la trampa, que no se han devuelto. Bueno, en realidad hay bastantes más, hay... quinientas mil, sin contar las de ustedes. Cinco señores..., la mitad..., que se han llamado a andana.

SOCIO.- La proporción normal. En París, en Londres o en Nueva York, en cualquier ciudad del mundo, habría sucedido lo mismo.

CLAUDIO.- Salvo en la del Vaticano.

SOCIO.- Ah, bueno: ahí no sé; no he operado nunca. (Transición. Vuelve al tema inicial.) Pero no, don Claudio, nada de cárcel... Si también habló la radio de eso... Ya veo, ya, que no la ha oído. Sus compañeros van a iniciar una suscripción para reunir esas cien mil pesetas... Es usted el hombre del día. Hale, don Claudio, no enrede las cosas y déjelas como están.

CLAUDIO.- ¿Sí?

SOCIO.- «Acéptelo, acéptelo; es la Providencia».

(DON CLAUDIO se inmuta visiblemente. El SOCIO sonrío.)

En fin; don Claudio, ¿cuento con usted?

CLAUDIO.- Déjeme, déjeme.

SOCIO.- Reflexione usted. Volveré a última hora. Hasta luego, don Claudio.

CLAUDIO.- (Absorto en sus reflexiones.) Hasta luego.

(Mutis de el SOCIO por la izquierda. EULALIA y PATRICIO, por la derecha.)

EULALIA.- (Larga pausa.) ¿Y qué vas a hacer Claudio?

CLAUDIO.- ¿Oísteis?

EULALIA.- Que me iba yo a perder esa conversación.

CLAUDIO.- ¿Y tú qué crees que debo hacer?

EULALIA.- No, no... Tú no me consultaste ayer. No me consultaste hoy...

CLAUDIO.- Es que lo que yo he resuelto es que...

(Una voz dentro.)

VOZ.- Muera el capital.

(Otros la corean.)

OTRA VOZ.- Fuera ése. Fuera, fuera.

EULALIA.- ¿Qué pasa?

JULITA.- (Entra precipitadamente por la derecha.) Es don Carmelo, tía; la gente se está metiendo con él. (Se va por la izquierda.)

EULALIA.- De qué humor subirá.

PATRICIO.- ¿Y a qué viene?

EULALIA.- A recoger el lote de la esmeralda, naturalmente.

DON CARMELO.- (Llega echando chispas. Entra JULITA; que regresa a su punto de partida.) Intolerable, absolutamente intolerable.

CLAUDIO.- Don Carmelo...

CARMELO.- ¿Quién ha dado esos gritos? (El mismo entreabre con cautela los visillos.) Agentes pagados por la Aceitera Española, estoy seguro...

CLAUDIO.- No haga usted caso.

CARMELO.- Bueno, ¿dónde están las cien mil pesetas?

EULALIA.- (Que hizo mutis por la derecha unos segundos antes, regresa con un sobre abultado.) Aquí están.

CARMELO.- (Se las embolsa.) Bien. ¿Con qué cuenta usted, señor Martín, para saldar los veinte mil duros que faltan?

CLAUDIO.- Pues yo...

CARMELO.- Porque algún dinero guardarán ustedes en el calcetín.

EULALIA.- Eso sí que no. ¿Quiere que le enseñe los que hay?

CARMELO.- O sea, que en treinta años de servicio en Casa Viñas no han ahorrado ni un céntimo...

PATRICIO.- Es tan difícil ahorrar en esa casa...

CARMELO.- Cállese, insolente. (Transición.) Veo en consecuencia,



que no puedo permitirme el lujo de despedirle.

CLAUDIO.- Don Carmelo...

CARMELO.- ¡Claro! Si le pongo de patitas en la calle y le dejo con la noche y el día, ¿cómo me cobro? Sólo descontándole del sueldo amortizaré su deuda. Desde mañana, por tanto, a la oficina y a trabajar horas extraordinarias.

CLAUDIO.- Lo que siento es lo que va a tardar en recuperar lo que le debo, aunque me descuenta mucho.

CARMELO.- Le subiré el sueldo, si es preciso, para acabar antes.

(Transición. A EULALIA.) ¿Cómo me dijo usted que se llamaba este santo?

EULALIA.- San Cosme.

CARMELO.- (Saca su agenda y toma nota.) San Cosme. (Como si filiasse a un nuevo empleado.) ¿Y cuál es su origen?

EULALIA.- Ay, no entiendo.

CARMELO.- Quiero decir de dónde es. ¿Es de Turín..., o austríaco..., o de Almería?

EULALIA.- Ay, no sé. Yo lo encontré en Alhama de Aragón.

CARMELO.- (Como si lo canonizase de nuevo.) Sea cual sea su procedencia, es eficaz.

CLAUDIO.- No tanto como usted se imagina, don Carmelo. (Habla en un tono de tal gravedad, que PATRICIO y EULALIA se miran sorprendidos.)

CARMELO.- ¡Ah, no! Explíquese.

CLAUDIO.- Las cuatrocientas mil pesetas que usted supone que nos manda él, es el demonio quien nos las manda, y naturalmente, yo las he rechazado. (Se exalta.) Porque en la vida hace falta saber de dónde vienen las cosas, aun las que nos parezcan buenas, y aceptar sólo las que traen el sello de Dios.

EULALIA.- (Inconteniblemente.) Así se habla.

PATRICIO.- ¡Eulalia!

CARMELO.- (Pálido.) Entonces...

CLAUDIO.- Son quinientas mil las que necesito amortizar, don Carmelo. Ya ve usted que va para largo.

CARMELO.- ¿Cómo he de entender lo que oigo? ¿Niega usted que las de Muntaner sean más?

CLAUDIO.- Sí, señor. Porque no lo son.

CARMELO.- ¿Y si él ha dicho que sí, van ustedes a ser más papistas que el Papa?

CLAUDIO.- Es que esas cuatrocientas mil pesetas...

PATRICIO.- ¡Basta! Son de usted, don Carmelo; yo se lo aseguro.

CLAUDIO.- ¡Patricio!

PATRICIO.- Tú estás empeñado en suicidarte y yo en impedirlo. A callar ahora. Don Carmelo: Personas que van a decir que los ochenta mil duros son suyos: primera, usted, como es lógico. Usted jurará por sus muertos que los billetes de Sergio Muntaner son los mismos que entregó a Claudio. ¿De acuerdo?

CARMELO.- Continúe.

PATRICIO.- Segunda, Sergio Muntaner.

CARMELO.- ¿Verdad?

PATRICIO.- Como que ahora es de noche. Tercera, cierto caballerito... finísimo... que usted no conoce y yo sí, que contará que vio a Claudio dándole a Sergio la cartera en la plaza del Progreso; y cuarta, yo.

CLAUDIO.- ¡Patricio!

PATRICIO.- Sí, señor, yo, que «reconoceré», a Sergio cuando le vea y le diré, con voz temblona: «Éste es...»

CLAUDIO.- Tú estabas en casa.

PATRICIO.- Pues entonces juraré que ibas borracho como una cuba y que mal puedes saber a quien diste y a quién no el dinero ganado con tanto esfuerzo por nuestro, queridísimo señor Viñas.

CLAUDIO.- Diré de quién es.

PATRICIO.- No tienes derecho a denunciar a nadie.

CARMELO.- ¡Justo! No tienes derecho.

CLAUDIO.- Hay una carta que...

PATRICIO.- Había... (Enseña la carta del «idealista», con la que, en su momento, se había quedado.) Es inútil que te resistas. ¿Qué valdrá tu declaración contra la de los cuatro? Don Carmelo: puede marcharse tranquilo: su millón ha sido casi íntegramente recuperado.

CARMELO.- Es usted un buen funcionario. ¿Dijo usted que trabajaba en la Sección de Levante?

PATRICIO.- (Se aprovecha.) Y que quería ascender a jefe de segunda. Eso no lo dije, pero lo digo.

CARMELO.- Visítame mañana.

PATRICIO.- Conformes.

(Se dispone a marcharse. En este momento se oye ruido de cristales y un objeto arrojado desde la calle a través del balcón cae al escenario.)

CARMELO.- ¿Me apedrean?

JULITA.- (Que estaba en escena desde unos segundos antes, dispuesta a abrir la puerta a don CARMELO, lo recoge.) Han roto el cristal de la ventana, tita.

CARMELO.- ¿Qué es eso? Una piedra, ¿no?

EULALIA.- Trae. (Desenvuelve el paquete y lee.) «Día de Reyes. Para que Dios me perdone. Un estraperlista». ¡Y cien mil pesetas!... ¿Una piedra, decía usted? Mire no fuera granizo...

PATRICIO.- Las que faltaban, don Carmelo. Cuenta redonda.

(Se las arrebató a EULALIA y se las da.)

CARMELO.- Buenas tardes.

PATRICIO.- Yo le acompaño. Y si hay alguien que se atreva, a gritar «¡Muera el capital!», le mato.

(Don CARMELO hizo mutis ya. Desde el umbral, PATRICIO se dirige a

CLAUDIO y a EULALIA.)

A ti te salvo yo, aunque te empeñes en ahogarte.

(Mutis.)

EULALIA.- Armas tienen para que te tomen por loco...

CLAUDIO.- Seguramente...

EULALIA.- No me riñas, Claudio. Ojalá las use.

CLAUDIO.- ¡Calla, calla, Eulalia!...

EULALIA.- ¿Te encuentras mal, Claudio?

CLAUDIO.- No, mujer... Sólo las emociones de ayer a hoy...

EULALIA.- ¡Julita! Abre esa botella. (Señala una que JULITA coge de la cesta que regaló don JUAN. JULITA hace mutis con la cesta entera y regresa con la botella abierta. Dos botellas iguales ayudarán al juego lo más pronto posible.) Estás decaído, Claudio.

Un poco de coñac te sentará bien... Y ya que debutaste...

CLAUDIO.- Sí, Eulalia, sí.

EULALIA.- Nadie creerá tu verdad, Claudio... Pero tu conciencia quedará tranquila.

(JULITA sale ahora.)

Bébeteste esta copa.

(Lo hace; saborea el coñac con la veteranía de un viejo conocedor, súbitamente adquirida.)

CLAUDIO.- Échame otro poco. Es verdad, alivia muchísimo.

EULALIA.- Y ahora que estamos solos, Claudio, ¿quieres explicarme por qué hiciste lo de ayer?

CLAUDIO.- Ya os lo conté, mujer...

EULALIA.- No, no, con detalle...

CLAUDIO.- Porque se me ocurrió que si Dios me había puesto en condiciones de corregir el egoísmo de don Carmelo, yo estaba en el deber de corregirlo.

EULALIA.- ¡Ay, Claudio!

CLAUDIO.- Me había mandado que echara un millón más al pozo, con los otros, y me dio rabia obedecerle. Mientras lo repartía me creía un héroe, un redentor... Sólo cuando me desperté hoy por la mañana en la Comisaría comprendí mi equivocación. A ti, en particular, te he fastidiado, ¿verdad, Eulalia?

EULALIA.- No te preocupes de mí...

CLAUDIO.- ¡Ah, te juro que me acordé!, ¿sabes? Sólo que yo pensaba: «Eulalia estará de acuerdo conmigo. Tiene un alma estupenda y me secundará. Aceptará lo que sea con tal de hacer bien». Pero no pienses que me olvidé de ti, porque yo te quiero mucho.

EULALIA.- Sí, sí... (Como si dijese: ya lo sé.)

CLAUDIO.- Hemos andado juntos toda la vida, y yo me veía como un

mártir, como un apóstol, sólo que casado. Y haciendo el bien a todos, a los de arriba y a los de abajo, hasta caer rendidos. Por la noche pensaba: nos hablaremos, nos abrazaremos, nos besaremos, como cuando éramos jóvenes, ¿verdad, Eulalia?

(La besa con un ímpetu que sorprende a EULALIA, ya olvidada.)

EULALIA.- ¡Cuidado, Claudio..., puede estar Julita!...

CLAUDIO.- (Señala la botella. EULALIA le complace.) Tengo sed, Eulalia. Oye: ¿tú no has pensado nunca que si por la felicidad de cada nueve o diez de nosotros hubiera uno dispuesto a sacrificarse, las cosas irían mejor de lo que van?

EULALIA.- Es posible, Claudio... Pero tú debías de saber que cuando hacemos más bien del que podemos, lo que hacemos es el mal.

CLAUDIO.- ¡Qué rico está!

(El mismo se sirve otra copa. EULALIA no le mira. Parece hablarse a sí misma.)

EULALIA.- Y el bien que podemos hacer los que somos pobres es tan pequeño... Eso es lo bonito de ser millonario, o de ser rey. Los que tienen dinero, o los que mandan, éstos pueden hacer el bien casi ilimitadamente...

CLAUDIO.- (Se pone de pie un poco solemne.) El hacer el bien nos convierte en reyes.

EULALIA.- Pero tú has ingresado en el Banco dinero de don Carmelo todos los días... ¿Por qué fue ayer, precisamente ayer, cuando se te ocurrió?...

CLAUDIO.- No sé... Porque sólo ayer llevaba una cifra redonda..., el millón..., y distribuida en lotes, atados con sus gomitas..., y porque aún había nieve en los tejados y era precioso verlos..., y porque era víspera de Reyes y me sentía obligado...; y, sobre todo, ¡ah!, eso, claro, porque vi el ángel... (Bebe otra vez.)

EULALIA.- ¡Dichoso ángel!...

CLAUDIO.- Vestido con un traje azul celeste, con unas sandalias blancas, diciéndome que pusiera en circulación toda la felicidad que llevaba dentro de la cartera... Porque hay mucha felicidad, así, embalsada, a la que no damos suelta por nuestro egoísmo. Y el ángel, Julita, me reprochaba que yo fuera egoísta... y cobarde...

EULALIA.- ¡Caramba con Julita!

JULITA.- (Desde dentro.) ¿Me llamas, tita?

EULALIA.- No, hija, no.

CLAUDIO.- Aquel ángel tenía una autoridad..., y un poder de persuasión...

EULALIA.- ¡Ay, Claudio; Claudio!... Es preciso que sepas que ayer fuiste víctima de un ataque de locura, y que si no has salido de él muy mal librado, es porque has nacido de pie.

CLAUDIO.- Ya, ya me lo supongo.

EULALIA.- Y ahora, ¿te encuentras mejor?  
CLAUDIO.- Sí, sí, muy bien.  
EULALIA.- Quedó un poco del caldito del mediodía. ¿Te apetece?  
CLAUDIO.- Bueno, bueno...  
EULALIA.- Voy a traértelo..

(Mutis por la derecha.)

CLAUDIO.- Gracias.  
EULALIA.- ¡Ah, mira! (Le enseña una jaula con unos canarios.)  
Regalo de la señora de Galindo. La nueva familia.  
CLAUDIO.- En recuerdo de aquellas maravillas. ¿Y la cesta? ¿Quién la envió?  
EULALIA.- Es otro regalo del de la tienda de la esquina...  
CLAUDIO.- ¿Y estas latas? (Se sirve de motu proprio otra copa.)  
EULALIA.- Son de jalea, regalo suyo también...  
CLAUDIO.- ¡Qué simpático! (Mira curiosamente a derecha e izquierda.)  
EULALIA.- (Siempre desde dentro.) Con todo lo que ha pasado me olvidé de San Cosme. Julita, ¿por qué no enciendes las velas otra vez?  
JULITA.- ¿Cuántas tita?  
EULALIA.- En realidad, con seis va que arde.

(JULITA sale por la derecha. Ahora viste una hopalanda azul celeste y calza unas sandalias del mismo color, ajustada a la descripción que de ella hizo don CLAUDIO poco antes. CLAUDIO la mira asombrado, pero JULITA ajena a la impresión que produce, coge algunas velas que quedaron sobre la cómoda y hace mutis con ellas. CLAUDIO se restriega los ojos, sin dar crédito a lo que ve.)

CLAUDIO.- Dios mío... (Y bebe el resto del coñac que había en la copa.) ¿qué es lo que me pasa?

(Pero he aquí que JULITA vuelve a surgir de nuevo. Esta vez se detiene en el umbral de la puerta de la derecha. Trae una de las velas encendidas.)

JULITA.- Para que lo de ayer fructifique es necesario que tú repartas no sólo lo que sobra a don Carmelo; sino lo que te sobra a ti.  
CLAUDIO.- Tú mandas.  
JULITA.- Porque es muy fácil tachar a los demás de avaros porque no dan lo que tienen, mientras nosotros nos guardamos lo que tenemos.  
CLAUDIO.- ¿Yo? ¿Yo? ¿Qué tengo yo?  
JULITA.- Por de pronto, ya lo ves, jalea.  
CLAUDIO.- ¡Ah, eso sí, montones!

JULITA.- Pero hay mucha gente que no tiene jalea en sus hogares, que ha pasado las fiestas sin un pedazo de jalea que llevarse a la boca y que sería feliz si tu le dices de la tuya.

CLAUDIO.- ¿Tú crees?

JULITA.- Sí, Claudio, sí... Hay dinero y bienes para todos, pero mal repartidos. Y tú puedes corregir algunas de esas desigualdades. Por ejemplo, la desigualdad de la jalea que hay en la plaza del Progreso.

CLAUDIO.- ¿Te parece?

JULITA.- ¿Por qué no lo haces?

CLAUDIO.- Sí, sí, en seguida. Por mí, que no quede.

(Coge unas cuantas latas de jalea y hace ademán de marcharse por la izquierda.)

JULITA.- ¿A dónde vas?

CLAUDIO.- A la calle.

JULITA.- No es necesario. Abre el balcón.

CLAUDIO.- ¿Abro?

JULITA.- Sí, y reparte la jalea.

CLAUDIO.- Conforme...

(Abre la ventana. Se oye un clamoreo de aplausos y de vivas.)

EULALIA.- (Desde dentro.) Otra vez los aplausos. ¿Qué mosca les habrá picado ahora?

JULITA.- ¡Hale, tira una lata a ese de la gorrilla!...

(CLAUDIO la obedece.)

Muy bien. Y al chiquillo de los mocos... ¡Magnífico!... Y a esa mujer del abrigo raído...

CLAUDIO.- ¡Estupendo, estupendo!...

(CLAUDIO lanza las latas de jalea como podría lanzar los discos un atleta griego. Así distribuye las doce o catorce latas de la escena.)

JULITA.- Muy bien, Claudio.

CLAUDIO.- ¿Les tiro el despertador? Tal vez alguno lo necesite.

JULITA.- Podrías hacerles daño. Pero ábreles tu casa. Tú duermes bajo techado. Algunos de ellos, no.

CLAUDIO.- Sí... (Se asoma al balcón.) Subid, los que no tenéis casa. Un metro cuadrado me basta. Lo demás es vuestro. Subid, subid.

JULITA.- Ya cumpliste. Cierra.

CLAUDIO.- Tengo otro traje. ¿Les doy éste?

(Se quita rápidamente la chaqueta. JULITA, con un ademán, le impide el sacrificio.)

JULITA.- No. Es suficiente. Ahora, silba el «Golondrón».

CLAUDIO.- No sé si podré... Me entra la risa...

JULITA.- Pues cántalo, entonces...

CLAUDIO.- Me es más fácil...

(Y empieza a cantarlo, en efecto, tenuemente. JULITA hace mutis. CLAUDIO se envalentona y canta el «Golondrón» con más fuerza.)

EULALIA.- Pero, ¿qué pasa ahí? ¿Por qué cantas, Claudio?

JULITA.- (Desde dentro.) Estará alegre.

(EULALIA, sorprendida, aparece en la derecha. Lleva puesto sobre su traje de costumbre un delantal de faena. CLAUDIO cesa de cantar al verla. EULALIA mira a un lado y otro y advierte que algo extraño ha sucedido, sin que adivine qué. Pronto comprende que faltan las latas de jalea.)

EULALIA.- ¿Y la jalea?

CLAUDIO.- El ángel, el ángel me decía: «Repártela». La he repartido toda.

EULALIA.- (Se asoma a la derecha, ordenancista.) ¡Julita!

JULITA.- (Desde dentro.) ¿Qué quieres, tía?

EULALIA.- Enciértrate en tu cuarto y mucho cuidado con salir de allí.

JULITA.- Pero, tía.

EULALIA.- ¡No me repliques!

(De improviso, por la izquierda, se oyen timbrazos repetidos, golpes en la puerta, voces.)

Y eso, ¿qué es?

CLAUDIO.- Los que no tienen casa, que suben a vivir en la nuestra.

EULALIA.- (Espantada.) ¡Ayyy...! (Mutis por la izquierda.)

CLAUDIO.- (Solo, magnífico en escena.) ¡Ya he dado cuanto me sobraba! ¡Ya tengo autoridad moral para repartir los millones de don Carmelo! gon, golondrón, golondrina que a mí....

(Y mientras canta, lleno de júbilo, el «Golondrón», su Marsellesa, cae el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

